

Sentimientos de Rebeldía

L. Miguel Torres Encalada

Sentimientos de Rebeldía

Sentimientos de Rebeldía

Autor: Lauro Miguel Torres Encalada

Dirección: lauromigueltorresencalada@gmail.com

Título: Sentimientos de Rebeldía.

Diseño de la portada: Miguel Torres Encalada

1ra edición: enero de 2020.

Están en total libertad de copiar toda o parte de esta obra, así como, el autor autoriza para que se pueda reproducir por cualquier medio o procedimiento. El autor agradece a todos los que quieran transcribir este ejemplar y quedan en total libertad de prestar o compartirlo. Espero que no lo hagan por dinero; y si lo hacen por necesidad, buen provecho.

*Si se calla el canto
Calla la vida.*

Horacio Guarani.

*Para el Pueblo
lo que es del Pueblo.*

Piero

Índice.

SENTIMIENTOS DE REBELDÍA

CONTEXTO.

Parte I REBELDÍAS

Rebelde.

Al que le caiga el guante que se lo chante.

Uno cuatro nueve dos.

- I. La espera.
- II. Llegaron.
- III. Se quedaron.
- IV. Se fueron.

A las calles.

Cazuelas.

Elevemos nuestra voz.

Triste.

Han violentado.

La vida.

Plegaria.

Una mirada.

En la espalda de mi madre.

En la misma mesa.

Sonrisa.

Barricadas.

Calles.

Noche de guitarras.

Jornalero infantil.

I.

II.

III.

Encercados.

Denuncia.

Un catre fastuoso.

Una voz infantil.

Una cruz.

ACCIONES REBELDES

Un poquito de maíz tostado.

Oscuras golondrinas.

Importe adicional.

¿Volverá?

Perdidos.

ALGUNA SIMILITUD CON LOS CUENTOS INFANTILES ES PREMEDITADA

Caperucita roja.

El lobo y el pastor.

Blanca Nieves y los siete enanitos.

El patito feo.

El gato con botas.

Parte II

SENTIMIENTOS

Nada.

Callejero.

Me duele tu ausencia.

Yo sé dónde están.
Siempre.
Rumbo a tu escuela.
Me canse.
Te busqué.
Amor no te comprendo.
Nada de ti.
De ti nunca me alejo.
Hoy me han contado que te vas.
Golondrina.
La brisa y la mar.
Si no te tengo.
Siento
A ti mujer querida.
Amante colibrí.
Cuando pasé por tu casa.
Cuánto te extraño.
Dónde te has perdido.
Hoy quiero componerte una canción.
Leño Viejo.
Mi guitarra canta para ti.
No te atreviste.
No te vayas.
Para qué...
Pedirte un poco más de tu vida.
Se agolpan las ideas.
Si te hubiese conocido ayer.
Solamente tú.
Te recuerdo cada vez.
Tu cumpleaños.

Un muchacho tonto.
Homenaje a mi Madre.
Puro corazón de amor.
Jugando a la guerra.
Mano amiga.
Pajarillo Amarillo
Pajarillo verde.
Pregonando mi propio canto.
Un hombre Solo.

¿DÓNDE SE ESCONDIÓ EL AMOR?

Amor de la vida.
Visita de un recuerdo inesperado.
Desquite.
Golpe de izquierda.
Después del taller.
La chica de la oficina.
Nadie fue elegido.
Parada de bus.
Estudio.
Biblioteca.

SIN CUENTO PARA LA NAVIDAD

Uno.
Dos.
Tres
Cuatro
Cinco

EPÍLOGOS

Efímera vida.

Año Nuevo no tan nuevo.

CONTEXTO.

Ecuador es un país que no tiene una grande extensión de territorio, más bien, es corto en tamaño; sin embargo, siendo pequeño, tiene una gran diversidad de culturas y climas. Y la topografía va desde superficies que están al nivel del mar: La Costa, hasta regiones que alcanzan a rozar el cielo, los montañosos: La Sierra; en esta zona, se encuentran algunos nevados que superan los seis mil metros de altura. Y, si esto fuera poco, tenemos una zona oriental que es parte de la gran selva amazónica: El Oriente.

Está ubicado en la parte Noroeste de América del Sur. Y se nos conoce a nivel mundial por tener dentro de nuestra soberanía las famosísimas: Islas Galápagos.

Antes que llegara la conquista Inca, y luego la española, nuestros territorios ya estuvieron ocupados por varias comunidades nativas: Los Puruhaes, Los Saraguros, Los Cañaris, Los Huan-cavilcas, Los Otavalos... Muchas de las cuales se mantienen hasta los actuales momentos; éstas se han insertado a la sociedad colonizada pero conservan varias de sus costumbres ancestrales. Parte de nuestro territorio, la zona Sur, formaba parte de Imperio del Tahuantinsuyo y la parte Norte estuvo gobernada por los Quitus. La historia, cierta o no, cuenta la invasión Inca a los territorios de los Quitus, para lo cual tuvieron que ir venciendo a las diferentes comunidades que encontraron a

su paso. Una vez derrotados los Quitus, Rumiñahui ocupó el trono de esta parte del Imperio Inca. Y toda la zona desde el Cauca (parte Sur de Colombia) hasta la frontera de lo que es hoy Chile es dominada por los Incas. Esto perduraría hasta finales del siglo XV.

Ya en el siglo XVI, los invasores españoles doblegan a los Incas y se adueñan de los territorios conquistados; asesinan al Emperador, Rey de los Incas, Atahualpa y empieza la época colonial. En esta nueva etapa, se fundan varias ciudades como Quito, Guayaquil, Cuenca, Loja, Riobamba... La Época Colonial perdura hasta inicios del Siglo XIX. Mestizos de una posición privilegiada de aquella sociedad se revelan y con Simón Bolívar, Antonio José de Sucre, Abdón Calderón, se inician las guerras de la Independencia. La última batalla se da el 24 de mayo de 1822, la que ha quedado registrada en la historia como la Batalla de Pichincha. Nuestro territorio (Ecuador) se anexa a la Patria Grande, sueño de Bolívar, y forma junto con Colombia y Venezuela, la Gran Colombia. Esta enorme nación permanece hasta el año de 1830 y se divide en los tres países: Venezuela, Colombia y Ecuador. Nuestro país, en sus inicios, tenía una gran extensión de territorio. Luego, por diversas razones, motivos y circunstancias, lo han ido desmembrando hasta la última que fue a raíz de la Guerra del 41 (1941), cuando Perú invade nuestro territorio y se le obliga a la firma del Protocolo de Río de Janeiro (1942); con este tratado se definen los límites con el Perú, sin embargo, los gober-

nantes del Ecuador no supieron reconocer hasta que llegó Jamil Mahuad, y se firma el Acta de Basilea el 26 de octubre de 1998, con el cual se delimita definitivamente nuestro terruño. Nuestra extensión territorial alcanza los 283.561 Kilómetros cuadrados.

Bien, desde 1830, con la Constitución suscrita en Riobamba, (aprobada el 23 de septiembre del 1830) se inicia nuestra vida Republicana, siendo el primer Presidente de la República del Ecuador: Juan José Flores, un militar venezolano. Toda nuestra vida republicana ha sido tormentosa; los intereses de los terratenientes costeros y serranos han tratado de dominar el país y el mando político ha ido de mano en mano, siempre con el afán de mantener los beneficios de su clase. A mediados del Siglo XX se inicia varias revoluciones socialistas en América, siendo la principal la que se efectúa en Cuba. El temor de EEUU a que el continente americano se incline con la tesis socialista, propagada por la Unión Soviética (Revolución de octubre de 1917), extiende sus garras e impone en todos los países sendas dictaduras militares. Estas dictaduras cumplían a cabalidad los mandatos de quién se proclama defensor de la Libertad. Una libertad que dio origen a las más crueles desigualdades sociales. En todo caso, se implanta el sistema neoliberal creyendo que, con este modelo económico, se lograría el desarrollo y el bienestar de las poblaciones.

En el Ecuador, luego de dos dictaduras militares (General Guillermo Rodríguez Lara, y el

Triunvirato: el Almirante Alfredo Poveda (Fuerza Naval), el General de División Guillermo Durán Arcentales (Fuerza Terrestre); y General del Aire Luis Leoro Franco (Fuerza Aérea), se reinstaura la democracia, y se convoca a referéndum para decidir qué constitución debía regirnos en nuestro futuro democrático. Se elige la nueva constitución de 1978 y, en elecciones democráticas, es electo como Presidente, Jaime Roldos Aguilera, quién gobierna al país hasta el día de su muerte el 24 de mayo de 1981. Aún el pueblo desconoce las razones de la muerte del Líder (Cosa del destino, el avión en que viajaba se accidentó un 24 de mayo, pero, esta vez, en 1981). La democracia sigue su curso sin que realmente se alcance ningún desarrollo del país. Nuestra mayor riqueza natural, el petróleo, pasó a manos de empresas transnacionales y, todos los años, independientemente de quién estaba al mando del gobierno (sea de derecha o de centro izquierda), el FMI nos prestaba dinero para cubrir el déficit presupuestario, a cambio nos imponían severas cargas tributarias, incremento del costo de los bienes de primera necesidad, pasajes, combustibles... Y, como siempre, reducción del número de trabajadores del aparato estatal y público. Se volvió cliché disminuir el exceso de burocracia. Cada año era cotidiano vernos envueltos en varias protestas públicas: por el incremento de combustibles y de los impuestos que elevaban los costos de producción y, claro, estos incrementos eran direccionados finamente al pueblo consumidor. La educación iba de mal en peor; la obra pú-

blica era escasa; los servicios públicos, un desastre. La democracia y su modelo económico neoliberal estaba dando muestras de su rotundo fracaso. Todo esto pasaba con los gobiernos de León Febres Cordero, Rodrigo Borja, Sixto Durán Ballén. (Derecha, izquierda, derecha) Le tocaba el turno a una “izquierda”: Bucaram. Y Abdalá Bucaram fue el primero en caer al liberar el precio del gas. Quiso controlar al pueblo enfurecido volviendo al precio anterior, pero todo su intento fue en vano; y huyó (dicen las malas lenguas que se llevó hasta la pluma de oro con la cual se firmaban los decretos presidenciales) a Panamá. Con su fuga, se rompe la constitución y, en lugar de sucederle la Vicepresidente, Rosalía Arteaga, se elige a un nuevo Presidente. Fabián Alarcón. Luego del fracaso de este gobernante, el pueblo se mantenía con la esperanza que el país despegue de su subdesarrollo; el siguiente presidente electo: Jamil Mahuad, hizo lo que jamás el pueblo ecuatoriano soñó, ni en sus peores pesadillas. En complot con los empresarios se produce el salvataje bancario. Se produce un feriado bancario y se incautan los ahorros de todos los ecuatorianos. Le dejan salir del país y queda su vicepresidente, Gustavo Noboa. La huida de Mahuad se da luego de un Golpe cívico-militar de Estado, comandado por Lucio Gutiérrez.

De tumbo en tumbo, de desastre en desastre. Los gobiernos no daban pie con bola: la pobreza llegaba a límites extremos; y se inicia el éxodo de migrantes a España, a Estados Unidos, a Italia... a dónde sea, con tal de continuar con vida.

Una estampida de jóvenes, mujeres, niños, ancianos... profesionales. Casi nos quedamos sin habitantes. Y claro, se debía gobernar bajo los ordenamientos del FMI, del BM y de las instrucciones que emanaban desde los Estados Unidos. Sin embargo, no se perdía la esperanza de que llegaran días mejores, aunque cada inicio de año nos llovía los paquetazos económicos. Y la expectación se volcó hacia el líder revolucionario, Lucio (Coronel Lucio Gutiérrez). Sin embargo, una vez que logró el favor del voto, voló a Estados Unidos a recibir las instrucciones de cómo gobernar el país. Y siguieron los paquetazos económicos. Huyó en helicóptero cuando los forajidos empezaban a rodear el Palacio de Carondelet. Le sucedió Alfredo Palacios... y continuaron con las recetas del FMI. Parecía que todo estaba perdido. Al final de túnel aparece un joven que parecía tener buenas ideas de cómo gobernar al Ecuador. En ese entonces, era común escuchar las palabras proféticas de una santa de pueblo que, en alguna ocasión había manifestado (no sé si lo habrá dicho o no, pues ella, la Santa Mariana de Jesús, nace mucho antes de que Ecuador sea Ecuador, es decir en 1617) que el país se acabaría por los malos gobiernos, más no por los terremotos. Con todo lo sucedido en los gobiernos anteriores, ya no había nada que perder. Éramos un país ingobernable. Y la mala fama se difundió por el mundo. Elegiendo a un joven con ideas medio revolucionarias y la promesa de que el

poder estaba en sus mandantes, pues, la mayoría de ecuatorianos creyó que no nos podía ir peor de lo que ya estábamos. Y llegó y se quedó por diez años. El país cambió de rumbo, y la imagen del Ecuador en el mundo se transformó. Los turistas extranjeros llegaban a ver qué estaba pasando. Se quedaron a vivir en nuestra querida tierra. La prensa extranjera miraba atónita la transformación del país. ¿Miles? Cientos de invitaciones a entrevistas y a conferencias del presidente en prestigiosos medios de comunicación mundiales. Medios, en los cuales, ni por idea, era llamado un mandatario ecuatoriano para que explicara su trabajo, y menos, su ideal. Le llovieron decenas de homenajes alrededor del mundo... Algo estaba pasando. Y el Ecuador opaco, triste y con la esperanza desfalleciente, de pronto, estaba lleno de luz, de alegría, construyendo obra pública por todos los lados, de niños estudiando en escuelas nuevas, de jóvenes saliendo a estudiar al extranjero, de paisanos regresando al país... Había esperanza. Se había producido el milagro. Y, claro, la cosa debía seguir ese rumbo. Era el camino correcto. Y el pueblo quería seguir así... Pero los que siempre habían gobernado mal se habían armado para recuperar sus privilegios perdidos, y llegó la traición. Y todo lo que se había construido se derrumbaba. Rafael Correa, era el presidente que nos devolvió la esperanza. Y Lenin Moreno, que creíamos iba a continuar con el trabajo emprendido, nos está qui-

tando otra vez la ilusión de ver a un Ecuador próspero y desarrollado. Y es por eso que llegó el descontento, un disgusto desbordante. Que ni las balas han logrado detener...

Y, escribí lo que he escrito. Unos sencillos versos de protesta... sobre lo que nos está ocurriendo. Y como el mal ejemplo fácil se contagia, las protestas de los pueblo por los malos gobiernos han estallado en el mundo.

Y seguirá estallando si no se gobierna para el pueblo.

No obstante, en medio de la rebeldía, hay tiempo para el afecto y los sentimientos, y también para el desamor. Con la mano derecha en el fusil y con la otra, la izquierda, en el corazón. Pensando en la compañera, en el compañero, añorando al padre, llorando a una madre, sonriendo con los hijos... Es la segunda parte de este trabajo; versos que deberían estar entrelazados con la primera parte de la rebeldía... Verso con verso, palabra con palabra, amalgamando los sentimientos con las rebeldías. No lo sé.

PARTE I
Rebeldías

Rebelde.

Con el perdón de Dios...
Con el atrevimiento que me otorga la ignorancia...
Con la “libertad” que me concede la “democracia”
en que me desenvuelvo...
Con el ímpetu de la juventud perdida...
Con lo poco que he leído y comprendido...
Con la inspiración de mis hijos...
Con el amor de mi esposa...
Con el recuerdo de mi madre y de mi padre.
Por el espacio dejado por el diablo...
Por la incomprensión de los gobernantes...
Por la hegemonía de algún país...
Por el autoritarismo de otros...
Por el robo cometido a nuestros pueblos...
Por el lavado de cerebros y de conciencias...
Por la desinformación...
Por la injusticia en este mundo...
Me declaro en rebeldía.

Rebeldía para expresar:
mi desacuerdo con todo lo impuesto en este mundo.
Rebeldía para dudar de la existencia de Dios.
Rebeldía por el engaño que a diario nos hacen los
“patrones”.
Rebeldía porque no confío en lo que prometen los
políticos.

Rebeldía para expresar lo que pienso sin que medie de por medio los prejuicios, las enseñanzas antiguas y las caducas.

Rebeldía al qué dirá la gente.

Rebeldía para decir lo que me viene en gana sin temor a estar completamente equivocado.

Rebeldía para estar equivocado y no tener vergüenza de estarlo.

Rebeldía para pensar diferente.

Rebeldía para intentar ser rebelde.

Al que le caiga el guante que se lo
chante...

Dice: Yo no quiero ser el mejor...

mas nosotros no queremos que sea el peor.

Que no quiera ser el primero,

la multitud acepta

más duele, en carne propia, llegar de último.

Y mal ejemplo predica a la gente.

Y no sólo es el último, es el peor.

El pésimo, el vil y traicionero.

Y ser último no es una caída, ni es malo,

lo terrible es permanecer en el suelo

y ser pisoteado por quienes desean mantenerlo en el sillón.

Alguien debe llegar primero

y alguien debe estar en la cola.
Y depende de la bizarra carrera
para esforzarse en llegar
en el lugar que uno quiere.

O depende del esfuerzo
para alcanzar un puesto en la valiente competen-
cia.

Dicen que más vale ser cabeza de ratón
que cola de león.
Pero, ha llegado a ser cola de ratón
y cabeza de peón.

Absorbiendo sangre ajena
para alimentar trogloditas
ambiciones de sus compinches.

Alimentando su corazón de odio
y mezquindad.
Guardando rencor
por quienes le llevaron al trono.

Sin entender que la gloria es pasajera.
Y que el mundo gira...

Que el sol vuelve a salir cada mañana,
y que también se oculta cada atardecer.
Hoy estoy aquí y mañana estoy allá.

El encono volverá a supurar
sus arrogantes cueros
con el mismo ímpetu
con el que ambiciona herir a sus güeros.

A las consideradas pieles
de sus viejos amigos
las vuelve oscuras
las mancha de fango y pecina.
Qué será de su recuerdo
Qué será de su memoria
Cuando la vida le arrebate
lo que a ella le pertenece
Cuando la muerte cubra
su ignominioso cuerpo.
Girones de miseria,
piltrafas de infortunio
cargaran sus críos;
y su linaje vivirán
en la vergüenza de su progenitor.

Qué miserable vida
la que sostengo en mis nobles hombros
gemirán las voces de sus hijos.

Y clamarán las piedras
el arretrato de sus posesiones.

Y clamarán los vientos
el fruto de sus viles trances.

Si me ven en la mazmorra
Será por lo que aquí canto.
Por lo que siente mi alma
Por lo que mi corazón late.
Por mi prole escribo mis letras
Por los proletariados,
altivo levanto mis emociones.

25/10/2018.

Uno cuatro nueve dos.

I.

La espera.

El día amaneció frío y nubarrones grises
vislumbraron en el vacío horizonte.

Presagio de malas nuevas,
augurio de finales de la paz
y la tranquilidad.

Los allkus ladraron al viento.
Los maizales alborotados y
nerviosos agitaron sus hojas.
Las aguas huidizas se quietaron.
El aire enrarecido, sobrecogido
vio cruzar miríadas de golondrinas
avivando las sombras de la tierra

El día se hizo noche
Y las estrellas atemorizadas
escaparon al infinito
para contar a los dioses
su desventura.

La Luna se mostró celosa
en la helada superficie del mar.
El Sol cauteloso asomó sus rayos
para calentar los fríos aspavientos
del retorno de las anunciadas divinidades.

El shaman ya lo había sentenciado
La tierra lo había sentido.

Había llegado la hora
la revelación de la gloria
de la renovación de los cuerpos y las almas
de mostrar el esplendor de los templos
del oro y la plata recogida
y la rendición de pleitesía y devoción
a los nuevos dioses .

Entonces,
la madre tierra abandonará
la simiente fértil de sus entrañas,
y la declararán desahuciada,
y perecerá al amenazador progreso.
Los alimentos llegarán en latas
recogidos en vasijas de cristal,

el maíz se acunará en botellas de plástico
y al hambre saciaremos en silencio
por la profanación de los suelos.

Los volcanes abandonarán su rugido brioso,
Convertidos en senos inertes en la adusta tierra.
Los fusiles tronarán en los cuerpos frágiles
y sucumbirán en las brasas del fuego mágico.

Y cuando lleguen los extraños a la playa
los recibiremos con la chicha fermentada
y la machca preparada con grano fino.
Y a los más severos gustos
deleitaremos con esencias raras
y sabores exóticos.

A los paladares hambrientos de metal
les convidaremos los frutos de la pampa mesa
y comerán los cuyes y las aves asadas
con el fuego de los volcanes
adobadas con el sudor de las frentes
alistadas de las bellas doncellas,
vírgenes con los semblantes
adornados con cinta de cabuya
y sarcillos de violetas y orquídeas.

El colibrí, la anaconda, el jaguar
gruñirán extasiados esperando
a las naves descomunales
que llevan en sus plataformas

a unas extrañas figuras surgidas
de los confines del mar y del cielo.
Las acacias, las buganvillas, el sauce,
el romerillo, la menta y la canela
lanzaron al viento sus exquisitos aromas
alimentando el aire de algarabía y fiesta.

La quena, el rondador y la zampoña
silbarán melodías de alegría desbordante,
del viento, de agua de cascadas,
de cantos portentosos y mágicos
endulzaran los ignotos sentidos
de los visitantes.

Las mujeres
los hombres
los niños
los ancianos
los animales
oteando el mar enmudecido
pacientes, silenciosos, ansiosos
con el poncho de lana
con el anaco de seda
con el reboso de colores
con el corazón anhelante
con el alma angustiada,
miraban atentos al mar
que traería en sus lomos
a los amos de las lejanas tierras.

II.
Llegaron.

Un minúsculo punto, insignificante,
tiñe el límpido y azul cielo
surca el manso y verde mar,
emerge desde la infinitud de espacio.

El pestañeo se vuelve grande.
Inmenso, majestuoso, fiero,
aterrador, intimidante.
Son tres velas blancas
con una señal en su pecho.
Son tres barcazas oscuras
que traen grabada la invasión en su proa.

Las palmas, brazos y miradas
elevan loas insulsas a los visitantes.
Nadie los había convocado
llegaron sin haberles convidado.

Y sus roñosos pies profanaron el suelo:
virgen, sacrosanto, impoluto.
Las patas de sus bestias
deshonraron los pastos, la arena,
las chozas y los templos.

Extraños sus rostros, absurdas miradas
Inentendible lenguaje, mágicas sus piedras
Gestos chocantes, codicia desbordante.

Hoguera de plantas aromáticas
enredadas con sus pestilentes apetencias
danzan inocentes saluciones.

Y comieron el pan de cebada
endulzada con la miel del aprecio.
Y bebieron la chicha de maíz
fermentada en la luz de libertad.
Y compartieron su choza de barro y paja,
su jergón y su huerto.

La Luna los envolvió
y su tímida luz los abrigó.

La noche pasó lenta y serena
los sueños cobijaron las ambiciones
y acumularon avaricias.
Los anfitriones reposaron sosegados
sin advertir las perversas intenciones
maquinadas en las astutas mentes
de los recién llegados.

El Sol despertó
y los rayos amarillentos aclaró los tesoros.

Y excitó el apetito insaciable
del oro y la canela
de los dioses generosos
de los prados bendecidos
de las manos laboriosas, diestras

y de la mujer cobreada.
Dioses fugaces y extraños surgieron
del éter incorpóreo de la astucia.
y, confabulándose con el engaño,
la mentira y la ruindad
urdieron en silenciosa complicitad
la apropiación de la tierra.

III. Se quedaron

Las lustrosas piedras de los caminos
reflejaron el rostro de los invasores
destellos de su apetito reprimido
iluminaron los templos y las casas.

En vasija de barro les brindaron la bebida
en esteras de totora reposaron sus testas
y en chozas de barro y paja cobijaron sus cuerpos.

Y escucharon las leyendas de los ancianos
de las misteriosas y bellas mujeres de la selva
y de valientes hombres de las montañas,
custodiando los tesoros de los dioses.

Traicionaron la benevolencia de los nativos,
Siendo camaradas en el día
y en la noche urdiendo el engaño.

Y prepararon los viajes invasores
con alimentos de la tierra bendecida
con bebidas del cielo y las cascadas
con guías esclavizados de las aldeas
con los animales llegados desde lejos
y con las bestias apresadas.

Rogando a los dioses del viento,
de la lluvia, del sol y la tierra
proteja a los barbados
y con palmas despidieron
a los aventureros intrépidos
vestidos de lujuria y ambición.

Y fueron al Sur
cruzando los montes nevados
traspasando las florestas impolutas
colmada de frutos, de flores
y de pájaros asombrosos y mágicos
de plumajes verdes, amarillos y rojos.

Y sobre las montañas rocosas divisaron
la inmensidad del ignorado mundo.
Y en el cielo observaron al ave majestuosa
y el miedo irrumpió sus almas,
ella tenía en su cuello pintada la libertad.

Ni las aguas profundas del océano
ni las tormentas marinas
desertaron sus propósitos.

Mas ella hendía los pasos extraños
convirtiéndose en el símbolo magno
de la huida futura de los usurpadores.

Y distinguieron al rey.
El tañido de los disonantes arcabuces
emergidas sobrenaturalmente
de las armaduras del roído metal
atemorizó a la pacífica población.

Oro y plata rebosante del rescate
Segaron los ojos anegados de avaricia.
Y más pudo la lujuria que el decoro,
manchando la palabra con la vergüenza,
asesinaron al indefenso monarca.

Y viajaron al Norte
mancillaron la tierra, el cielo y las aguas
y desvalijaron a sus dioses,
y saquearon sus heredades
e inundaron de desolación la sementera
y de dolor a los hijos de los suelos.

Levaron anclas de sus carabelas
recargadas de las riquezas de El Dorado.
Dejando en pago la simiente de la traición
y la sangre contaminada de la felonía.

Y colonizaron los arroyos de cristales
E hicieron suyas las fragantes tierras.

Construyeron lujosos palacetes
para sus dioses insólitos, infecundos
y colgaron signos raros en sus cúpulas
Y obligaron a postrarse en los altares
a divinidades carentes de afecto
y a elevar rezos en su idioma inaudito.

Nos convertimos en cautivos de sus vicios
y proveedores de su vitorria exuberante
pagando tributos misteriosos y humillantes
de lo que nuestra misma tierra producía.

Y fuimos colonizados
hasta despojarnos de las sagradas tierras.
Entonces, huérfanos de la Pachamama
arrinconados con el barro, nos azotaron.
Nos quitaron el habla
Y heredé la nueva legua del silencio sumiso.
Nos quitaron al Inti
Y vestí las capas impúdicas de la ignominia
coronadas espinosas de la servidumbre

Todo nos quitaron
Y con la vergüenza de la desnudez
se levantó mi hermano para reclamar
los ropajes de mi heredad.

IV.
Se fueron.

Y tres siglos después desperté.
El frío del desamparo azotaba los cuerpos.
Con los pies descalzos araba el campo
Con las manos callosas comía el maíz.
Con las mentes fatigadas urdíamos la liberación.

A las calles.

La orden está dada, y se debe cumplir.
Ellos no están para deliberar las disposiciones,
están para cumplirlas.
El pueblo ha demandado su presencia, dicen,
y la tarea es ardua.
¡Prestos! ¡Diligentes!
Desde la mañana al atardecer,
y del anochecer a la madrugada,
Y vigilarán los escondrijos
refugio de los perversos seres
que azotan de miedo y temor
a los inocentes ciudadanos.

A combatir con fuego
lo que el fuego no ha calcinado,
A inundar los prados
lo que el agua del cielo no ha logrado irrigar,

A supurar las heridas lo que la enfermedad
no ha conseguido gangrenar,
A sembrar penuria lo que las escuelas
no han podido conquistar,
A suplir el hambre
con los perdigones,
y a la desnudez engalanarle
con vestidos de plomo y granate.

Que se escondan los gatos y los ratones,
que huyan los lobos y los canes,
que emigren las palomas,
que deserten las golondrinas y los gorriones,

Que los pies descalzos se protejan
de los pisotones indolentes
de los escarpines negros y pesados, al pasar.

Que vuelen al viento
las hojas de los libros y los cuadernos,
y se esfume el entendimiento de la cruda y dolori-
da realidad.

Que sean arrebatados los sueños
y en su sitio se posen las pesadillas
de los amigos inertes vestidos de escarlata.

Que las palabras
se desparramen en el suelo
como los pétalos de las rosas al paso general

infectando de olores nauseabundos el camino.

Que las letras sean manchas de tinta roja indeleble,
y las sumas de la miseria
y las restas de alimentos
sean saciadas con vestimentas de casco y chisteras.

Que lidien las valientes jeringas
y los indolentes quirófanos
contra los santificados fusiles
y los glorificados tanques,
y que muera el enfermo
y sobreviva la dolencia y el sufrimiento.

Que las entrañas de los menesterosos
y los migrantes
se sacien de pólvora y centellas
y brille refulgente el odio
y el desdén de los apoltronados en su feudo.

Alucinante
miro como el torrente de las divisas
son atiborradas por los glotones comensales,
y las migajas
que se desploman de la mesa son recogidos
por los sagaces cosechadores de votos y plebiscitos.

Y recorrerán las calles...
Aniquilando el hambre,
con mayores apetitos.
Combatiendo las dolencias
con enfermedades mortales.
Eliminando la oscuridad del saber
en las oscuras nubes de los estallidos.
Escondiendo la desnudez del infante
en trajes pomposos de la indiferencia.

Y cuando muera el hambriento
y desfallezca el doliente
y el conocimiento se desvanezca
y el frío cubra los cuerpos
alzarán sus copas, sus trofeos, sus medallas
Y en el prado yermo quedarán
las flores sin color
el maíz soso y desabrido
los cuerpos sin calor
y las almas inertes.

Y llorarán los hijos
Y los hijos de los hijos
Los hijos de la tierra,
del suelo que germina la vida
cuando la semilla
lleva en sus intestinos
la poesía que reclama conciencia.

Y la historia quedará pintada

con cruces retorcidas
de negro y carmín.

31/08/2019

Cazuelas.

Resuenan al viento las cazuelas
alentando sublimes cantos de esperanza
anhelantes de concordia y sosiego.
Y tañen los tambores tras la barrera
en ceñudos trajes del terror y miedo
cumpliendo fieros dictámenes del poder
para lapidar con humo de lágrimas
el hambre de la inocente multitud.

Repican las arvejas y lentejas
contra los balines y perdigones.
La paz de mi mesa y cocina
se ha transformado en guerra.
La agitación de la bala asesina
se ha esparcido sobre la impaciente tierra
y los habitantes observan pasmados
el golpetear de sus débiles manos
defendiendo causas quiméricas
de los hijos del vientre y del suelo.

Aún los ecos de la revuelta gigante
estremece los oídos de la gente.

El podio con impúdicas mentiras
envenena el alma de los rendidos.

Victoriosos con la justicia de sus ancestros
para cambiar una realidad siniestra
y alcanzar los granos de la menestra
que rebose la cazuela con tonillos satisfechos.

Asombrados ante las glotonerías perversas
de las milicias arrogantes del dominio
observan mancillar los libros, plumas y flores
y van regando con pesadumbre el camino.

Persecuciones retorcidas de legalidad
buscan entre los indignados abejorros
la culpabilidad de su malévolo proceder
de la traición a lo que juraron defender.

Condenados por haber punzado la razón
de su purulento y retorcido corazón
han exiliado a la conciencia a vivir alejado
para oprimir a la gente con acordes deslucidos.

Resuenan armónicas las cazuelas en la noche
frente a las desacompasadas cacofonías
de la violenta y recargada represión.

Resuenan...

Y el cielo mira compasivo la rabia contenida.

Eleveamos nuestra voz.

Eleven los puños habitantes del mundo.
Y levanten las manos al cielo
reclamando las abusivas pretensiones
de los hacedores del mal,
de los germinadores del odio
de la persecución y la crueldad.

Que los plantas protesten el paso de sus devasta-
dores
incitadores a la carencia de la dulce sabia de las
mentes.

Y las flores nieguen sus fragantes aromas
a las infecundas nupcias de los favorecedores de la
inequidad.

Que los animales gruñan y protesten su depreda-
ción
de los indolentes enemigos del valor de la vida.

Y las aves se remonten al firmamento
huyendo de las garras arpías, adoradoras del do-
lor.

Que la tierra grite el saqueo de sus frutos bende-
cidos
arrebataados de las inocentes manos de los despo-
seídos.

Y los astros clamen el esplendor oscurecido
por la vileza de las voraces glotonerías.

Que las multitudes se levanten.
Y apunten sus lanzas a las mezquindades
de los adversarios de la vida,
de los saqueadores de la felicidad
de los generadores de la miseria.
de los dueños de suelos ajenos,
de los causantes del dolor y la miseria
de los que ironizan sus actos crueles,
en tanto el niño y las madres lloran;
de los aniquiladores de sueños
y de los destructores de esperanzas.

Alcen sus puños multitudes del mundo.
Al hostile de la amistad,
al enemigo de la solidaridad
al indolente del hambre
Y brindemos nuestro abrazo,
y nuestra mente, ser y corazón.
Y procuremos mudar su vestido ostentoso,
ablandando la dureza de su testa
y blanqueando su ennegrecida alma,
para que no seas tú o él, o yo
quién derrame lágrimas desconsoladas
cuando la vida sin motivación
acabe vacua y pueril
sin hermanos queridos en el mundo.

06/09/2019.

Triste.

Sereno y la cabeza gacha, meditabundo,
afligido y adolorido, cruza el parque.
Los árboles tostados por la afrenta
ya no le sonríen. Los testigos callan.
Indiferente a las miradas de la gente, camina.
Las aves se apartan de su solitaria vereda, tristes.

Aires de honda melancolía y tristeza
envuelven al menudo y fatigado cuerpo.
Fatalidad e incertidumbre
cubren el sino de su horizonte.

Ayer, las flores y sus brillantes colores
crecieron vivaces en el pasto y las aceras
y reflejaron destellos en sus ojos mansos.
Hoy, están marchitas y extinguidas
yacen mustias, decoloradas, grises.

Los aromas se han difuminado
y sus olores fragantes se han desperdigado
por las cloacas inmundas e insanas
de las almas perversas de los dominadores.

Pregunta. No halla respuestas.
Los guijarros que pueblan el sendero
no recusan las imputaciones infantiles
de su manifestación inocente y pueril.

Siente en la mente y en el cuerpo,
y en su corazón desgarrado
un profundo y obstinado dolor
de la pasada pena y el castigo rudo
de la reciente caída y entrega.

El peso soportado por sus pies cansados
es grande y doblega su espíritu.
Su lucha ha conseguido indigentes migajas.

Camina,
Los olores fétidos de las indecorosas mentiras
se introducen en su inocente pensamiento.
El ocultamiento de las perversas intenciones
están cubiertos por el hollín de las gomas calcina-
das.

Camina,
En la lejanía no hay luz que lo guíe.
un sombrío panorama cubre su reciente aventura.

Pasos lúgubres le acompañan
Victoriosos los crímenes se levantan
para cubrir con infamias
la sangre derramada.

Han violentado.

Han violentado el cuerpo y el alma.
Y exigen que guarde
en las entrañas, la semilla del crimen.

Han violentado el planeta.
Y niegan su intervención
en la generación de la ponzoña.

Han violentado la tierra.
Y promueven la alimentación
de los suelos envenenados.

Han violentado el aire.
Y demandan moralización
lo que con vileza han degenerado.

Han violentado las aguas.
Y pretenden que lavemos
su putrefacta suciedad irrigada.

Han violentado a la ciudad.
Y mandan milicias
que patrullen a sus habitantes.

Han violentado el parque.
Y ordenan policías
para amedrentar a los vecinos.

Han violentado la calle.
Y fuerzan a que la libertad
se recluya en las casas.

Han violentado la escuela.
Y someten a las ilusiones
enclaustrarse en la ignorancia.

Han violentado el hospital.
Y apabullan al infectado
con groseras indolencias.

Han violentado a los hijos.
Y proclaman mandatos
para mantenerlos sumisos.

Han violentado la mente.
Y adoctrinan el alma
con creencias opresoras.

Han violentado la vida.
Y rezan plegarias
para revivir a los muertos.

Han violentado la paz
Y pugnan con fusiles y misiles
defender la confraternidad.

Han violentado la existencia.
Y obstaculizan infames

el desarrollo de la simiente.

Han violentado el pasado.
Y pretenden perturbar los caminos
labrados por nuestros padres.

Han violentado el presente.
Y urgen con engaños
alcanzar sus maquiavélicos propósitos.

Violentarán el futuro.
E intentarán doblegar el aliento
para acallar las voces
para que el silencio vele a nuestros muertos
para que la ignominia prevalezca en los campos.

Violentarán mi entorno y mi casa.
Incluso, mi mente y mi alma
pero jamás impedirán
que mi espíritu se rebele turbulento.

20/09/2019.

La vida.

Es un misterio la vida.
Maravillosa e inexplicable.

Nos concibieron
sin saber quiénes seríamos

los que estábamos
en el vientre
de la dadora de la vida.

Y así nacimos un día.

Nos dieron un nombre
Y con esa palabra nos citan
nos reconocen e identifican.

Hoy estoy y mis padres se han ido.
Algún día yo también me iré.

Y mientras deambulo
por el camino de la existencia
me pregunto si soy yo el que camina.
A otros los miro caminar,
y digo que trajinan conmigo
mientras persista mi presencia.

Mañana también se habrán ido
aunque no haya presenciado sus vidas.

Otros vendrán en el mañana
e igualmente tendrá que partir.
Llegamos, estamos un momento,
y debemos volver.

Pero mientras vivo, camino.
Y cuando camino, vivo.

Y al vivir observo al mundo
destrozarse por un mendrugo.
Reñir por conseguir un vestido
Pugnar por acaparar una sonrisa
Batallar para conquistar la paz.

Y si unos ríen, otros lloran.
Si aquellos pasan indiferentes al dolor,
algunos se detiene a contemplar el hambre.

Me lastima sentir
que no les lastime
el pesar de una madre humillada
el sufrir de un hombre abandonado.
el llanto de un niño sin sopa
de un muchacho sin letras
de un joven sin futuro
de un anciano sin pasado
de una mujer sin amparo
de un varón sin faena
de una humanidad insensible.

Y siento coraje
cuando les da coraje mi sentir.
Sentir que duele una mujer ultrajada.
Un niño desamparado.
Un joven desorientado.
Un adulto olvidado.

Es la vida... dicen

Es su vida... digo.
Fueron en vida... nos dirán.

21/09/2019.

Plegaria.

Señor que estás en el mundo inmaterial
observa a la tierra que lo están devastando
y protege a tus hijos que los están matando.

Santifica tu nombre librándonos de la maldad.
Acude con tu enojo de justicia
y destruye la simiente del suelo inmundo.

Señor,
han quebrantado tus mensajes de humanidad
y han anegado de dolor, sufrimiento y lágrimas
la sangre de mis hermanos de la tierra y
la savia de las inocentes creaturas.
Acude pronto y líbrame del infame dominio.
Que tu heredad de amor y solidaridad
se desparrame en las almas
Para que en las favelas brillen el amor
Y, en los corazones de los hombres
resplandezca la paz y la solidaridad.

Señor,
Tú que multiplicaste los peces y el pan
y convertiste el agua en vino

Hoy, embriagados de egoísmo y vanidad,
hartados de orgullo y jactancia,
abandonamos al fatal y cruel sino
a los hombres con hambre de justicia
a las mujeres desnudas de equidad
a los niños huérfanos de quimeras
y a los ancianos vaciados de cariño.

Sacia mi deshabitado corazón
con la levadura de la comprensión
Y desborda en mis torpes manos
el afecto generoso y la amistad.

Que no se cubran mis agravios
con hipócritas dádivas de caridad
Ni se oculten los maltratos
Con mezquinos mendrugos piadosos.

Deja caer tu daga de la muerte
en nuestra perversa humanidad
Destruye mi ser impuro e inerte
Y que viva en acertada hermandad.

Que en la voluntad de favorecer
siempre prevalezca la humildad.
Y que no sea lo que el imperio imponga
Si no, lo que los pueblos dispongan.

Que tu gloria no sea efímera y racista
Y se derramen las bendiciones del pan y el vino

a todos los niños, mujeres y hombres.

28/092019.

Una mirada.

Me mira y me derrumbo a las imaginaciones
de alcanzar la cumbre de los ensueños
donde reposan anheladas quimeras
de la concordia, fraternidad y amistad.

Con su mirada rozo el vergel
de las perfumadas caricias sinceras
de sitios delirantes del sosiego y armonía.

El afecto entregado me refresca
el alma y apacigua la piel caliente
de los tristes sucesos pretéritos.
Son como gotas de lluvia en verano
mojan el rostro con tratos finos y sensibles
semejantes a las palabras de madre
suaves, sedantes y tranquilizadoras.

Y me brinda confianza de proseguir
en el camino cierto, sin miramientos cobardes,
aunque esté colmado de guijarros filosos
y de espinosos perdigones dolientes.

Y quién es aquel que me brinda su vista

y me entrega la fortaleza del cariño.
¿Será el niño de los lápices de colores
y del cuaderno emborronado,
de la mejillas enrojecidas y paspadas?
¿Será el crío de los pies dolidos y curtidos
por el rudo caminar en la tierra sembrada
de injusticias y discriminaciones?

Es un niño de la tierra serrana
que con su mirada me ofrece un universo
colmado de las espléndidas luminosidades
que sólo el aprecio y el cariño saben regalar.

Altiva la frente, orgullo de sus ancestros
Inclinada su mirada, sometida por la traición.
Pero es la luz de sus ojos negros y sinceros
A los que me inclino manso y reverente.

En la espalda de mi madre.

La gente camina: tías, hermanas y madres.
Una tras otra en armoniosa fila
a veces se juntan y conversan entre ellas.
El tiempo se agota, el hambre apremia.

En el apretado espacio de su chalina
dormito cálido, seguro y honrado
Los latidos de sus entrañas rebeldes

traspasan su espalda sudorosa
y apaciguan mi espíritu aturdido

El bullicio de los escándalos callejeros
estremecen mi delicado y sensible cuerpo
me estrujan el corazón y lo agitan atroz
aprietan mi alma los sonidos perversos:
son ruidos de guerra, de persecución y llanto
y temeroso, cobarde, me cubro en su cuello.

Es un sentimiento sencillo que profeso por ella.
Es su cariño guerrero y valeroso que me protege.
Levanto con dificultad la vista
y miro el polvoriento sendero pedregoso
con pasos lentos transitan las mujeres
y en sus espaldas cargan otros críos inocentes.

La finita capacidad de mi perceptiva mente
no distingue el fuego de las cobardes balas
ni quiénes son los guerreros, ni quiénes los mato-
nes.

El humo blanquecino se alza y lagrimean sus ojos
y mis ojos: los suyos, de valor; y los míos, de dolor.
Los gritos de movilización y las proclamas de liber-
tad
se multiplican infinitas por las calles ennegrecidas
y ocupan los campos y la siembra abandonada.
Los cuervos y gavilanes, y los atorrantes buitres
se lanzan en busca de las inocentes presas.

El sudor rueda por la nuca de mi madre
Me moja el rostro, el cuerpo y la mente
y pruebo el sabor salado de la opresión
atragantado en el vientre sempiterno de la vida.
Soportado durante siglos infinitos
por mis abuelos y mis padres y mis hermanos.

Ella guerrea por un futuro floreciente:
Para romper las cadenas de la afrenta
Para quebrar el pasado ignominioso
Para que mi ser se libere de la posesiones
fútiles, efímeras y pasajeras de la materia
Para que herede su espíritu
Eterno
Indomable
Aguerrido
Sensible.

Para que el cielo y el suelo que pisa
Sea la tierra que le pertenezca a las flores.
A los pájaros
A las abejas
Al insecto
Y al león.

Para que abunden las chacras
Las hierbas
los porotos
los mellocos
y las papas.

Para que prospere libre
de las ofensas pérfidas y opresoras.

Y me acuno en su espalda agotada
Y su espíritu se confunde con mi alma
Y somos un solo ser eterno.
Caminamos juntos y me enseña el valor
para que jamás doblegue la espalda indómita
ante las dictaduras siniestras.

En la misma mesa.

Bocadillos, frituras, vino y champagne
Palabras bizantinas de lisonjas mutuas
Luces brillantes de las cámaras cómplices
Relucientes manteles y lustrosos pisos de linóleo
Escenario humilde para el festejo de la barbarie.

Comensales engalanados con faja y corbatín
Calzados en botas refulgidas por los escuderos
Alisados los trajes por la dócil servidumbre esclavizada
Arregladas las greñas en delicados moños y cope-tín
Y los pajes en camisa blanca impecable e insultante
Pasean vaciando el licor y la gloria envanecida

Son los participantes del agasajo por la crueldad
vívida.

Palabras huecas, chuecas, como malas palabras
Se lanzan unos a otros por la victoria alcanzada
Degustan y se atiborran las bizarrías de galardones
Son glotones de adulaciones y lisonjas
De melosas y pegajosas lenguas viperinas.

El vino centellea en su copa de cristal
y brilla el rojo carmesí de la sangre vertida
Los ojos vidriosos de una madre en llanto
se refleja en los collares de su pecho henchido.

Lagunas de vómitos de una población ofuscada
rodea la mansión de las condecoraciones.

Sonrisa.

Quise con tu sonrisa olvidarme del mundo
Y encontré tanquetas que atacaban al pueblo.

Quise escribir relatos de ternura
cuando escuché tu risa cálida y serena
emergiendo del caos de las protestas.

Quise componer poemas excelsos

contagiado por tu alegría sincera y segura
discrepando de la aglomeración impetuosa.

Quise robar al mundo varias notas sublimes
y formar con tu señal un gran coro
de voces celestiales e insurgentes.

Quise unirme a tu canto rebelde
para empuñar junto a tu carcajada
un grito subversivo, de liberación y sosiego.

Quise volar vertiginoso a tu lado
apretujarte el alma con insidiosa necesidad
y sujetarme a tu pecho sereno y pacificador.

Quise desestimar lo que sucedía
y decir que la roja sangre derramada
eran fluidos emanados de tus labios pintados.

Quise negar los ruidos de metrallas
y pensar que los ruidos atronadores
provenían de tus carcajadas alegres.

Quise olvidar los susurros lastimeros
de los niños y las madres sollozantes
aprimadas en la cárcel del avasallamiento.

Quise dormirme en tu regazo suave
olvidar las magulladuras de mi espalda
y sentir tus senos que me dieron la vida.

Quise...

Y al despertar encontré un lago de mentiras.
Infamias que estremecieron mi estómago.

Y caminé hechizado, embrujado, por la calles
Cientos de heridos gritaban su dolor

Y anduve por las veredas adolorido, enojado.
Varias cruces habían sembrado en los recodos.

No quise...

Callar mi voz ante la canallada
Ante el uniforme asesino
Ante la mentira traicionera.

Si una voz se levanta ante las injusticias
y ésta es acallada con amedrentamientos,
las mismas piedras del pavimento ocuparán su
lugar.

Se retorcerán con las manchas carmesí de su
cuerpo.

Con el dolor grabado en su materia
Y retumbará la tierra con estremecimientos fieros
El cielo reclamará equidad e imparcialidad
y ordenará justicia para sus hijos
y el ajusticiamiento de los viles hermanos.

Barricadas.

No me hagas daño, suplica.
No desgarras la piel tersa de mi cuerpo
ni amontones mis jirones en las aceras.

Antaño, mi rostro hermosa de reina, lo han deslucido
Y mí cintura, filigrana de arte, armonía y canto
yace desgarrada, escabrosa y doliente por la herida
mis ojos sanguinolentos por el humo lagrimean
tristes.

Cúpulas azuladas teñidas de gris
y matorrales verdes vestidos de ceniza
son mudos testigos de la afrenta recibida.

Y duele...
cómo han destruido el frágil futuro
y han desbaratado las ilusiones
de los niños
de los jóvenes
de las madres
de los hombres
de los ancianos.
Los sueños carbonizados reposan
junto a las barricadas manchadas de sangre.

Calles.

Multitud de sueños vibran
con el paso alegre de su gente
adoquines y baldosas saltan con la danza,
conmovidas vitorean la quebradiza paz reinante.

¿Adónde fue la luz del día?, pregunta el Sol inquieto.

¿Y el cantar de las aves del parque?, consulta el niño.

La silla humilde del abrillantador de las veredas
se ha escondido detrás de los portales turbios.
La charola surtida de confites y cigarros
reposa indolentemente sin los parroquianos.
El voceador entusiasta de las noticias frescas
busca refugio en zaguanes y cobertizos.

El atronador avance de los corceles de hierro
ahuyentan los sonidos del clamor y la palabra.
Y se esparce con las negras humaradas
mi dolor y miedo. Un malestar sereno.
Las tristes melodías de las cantarinas protestas
se agigantan con el viento impetuoso
de la libertad y la justicia al llegar a su destino,
cual si fueran las olas de un mar embravecido.

Tiemblan los ventanales deslucidos
Los balcones se asoman temerosos

Las puertas niegan el paso de los marchantes
La multitud huye despavorida, desorientada.

Desconcierto de cascos, gritos y humo
Agitación de banderas y listones de madera
Pedruscos sobrevuelan las vallas metálicas
Cortinas de blanquecinas fumarolas
rebasan el balaustre de mujeres y hombres
Rebotan contra el suelo y esparcen su olor
Picante, lacrimoso, asfixiante.

Ánimos caldeados, enfurecidos.
el blasón de la lucha popular
en contra de los apertrechados uniformes.

Fuerzas desiguales, pasiones diferentes
Órdenes dispares, arrojados desproporcionados
Enfrentamiento de padres, hermanos, hijos
Calles mudas, soportan el peso de la tiranía.

Noche de guitarras.

Las guitarras son tan peligrosas como las armas
y tan alucinantes como las drogas.
Y será porque con el canto se matan ilusiones
y se frustran los intentos asesinos.
O será porque con el canto rebelde caen los dicta-
dores

y con el sonido subversivo de sus cuerdas se
enojan los tiranos.

Porque no soportan las resonantes trovas
que perforan los alientos inmundos y gravosos.

Cuando suenan las guitarras
sus notas alcanzan las estrellas
y levantan miles de sinfonías y plegarias al cielo
clamando justicia y atención a los dioses
para que se inunden de confraternidad
el suelo de los mortales.

Sí. Las guitarras son tan peligrosas como las armas

Y los cobardes no pudiendo soportar los delicados
sonidos
mataron a quienes rasgaban sus afinadas cuerdas.

Queriendo matar su voz,
su canto pervive en el éter de la existencia
y en el corazón de los hombres tiernos y valientes.

Sí. Su canto es alucinante como las drogas
Embelesa los espíritus y tranquiliza el alma.
Y sosiega los ánimos de los guerreros
inquietos y vibrantes.

Perturba el sueño de los hacedores de maldad
Altera las acciones viles.
Y trastorna las mentes delirantes

de los bellacos que anhelantes
buscan aniquilar a los pueblos merecedores
de una vida bella y consiente.

Se sabe bien: “Si se calla el cantor
Calla la vida...”

Por eso en las noches oscuras
como grillos noctámbulos
resuenan las guitarras para cantar a la vida.

26/10/2018.

Jornalero infantil.

I.

La Luna observa atenta
sus pasos lentos por la acera.
El Sol ha escondido sus rayos
fatigado de calentar sus espaldas
de tostar sus pieles,
de curtir sus almas
de reseca sudores
y fermentar ilusiones.

Aunque en la casa esperan su regreso
su presencia en este mundo espeso
ni importan, ni pertenecen
ellos son ninguno, casi nada.

Mas sus hermanos añoran sus siluetas
pequeñas y menudas
como atados de nabos.
como cachorros abandonados
su regreso a casa.

Su madre aguarda anhelante
feliz al escuchar sus pasos acercarse.
Las escuetas monedas titilantes
sosegaran el vacío de sus vientres
y la sed apremiante de sus almas.

La noche con su manto de tinieblas
los envuelve en su capote frío
mientras deambulan tiritando por las calles
y las sombras abrigan los pies abatidos.

La cajita de colores grises
descansa solitaria en las penumbras
la trabajosa faena del día concluye
ardua, peligrosa y con parvos resultados.
Los trapos, los cepillos y el betún,
y las tintas, también están cansados.

Las penumbras mortecinas
persiste en las vías cansinas
y aún duerme la ciudad altiva
cuando el voceo fatigado
eleva al cielo cantos tiernos de noticias,
de un mundo fatigado,

contaminado y ofuscado.

Suenan igual al coro mañanero
de mi hermano con mi propia voz.

Por las plazas se riega su mirada
pidiendo suplicante la compra
de un retazo de vida decolorada
de infinitas fantasías arrebatadas
de inocentes juegos olvidados
y de hambres extremas no saciadas.

Sucios, maltrechos y desgastados
han laborado hasta cansar al sol
y avergonzar a la luna.
Sus brazos fatigados
sus cuerpos rendidos
sus mentes abatidas
Las ilusiones ajadas
y los sueños deshilachados.

Para el mundo valen poco, nada
mas su labor es un valioso tesoro
su más preciada posesión.
En sus quehaceres está la vida,
un presente de exiguu alimento
y un futuro de grandes utopías.

Con sus manos manchadas
de negralagua, de papeles y verduras

conseguirán un día colorear los sueños
tejiendo sus ilusiones sempiternas
con vivaces multicolores.

II.

Las voces del pueblo callan cómplices
y la mía suspendida en el vacío
atragantada por la cobardía
por el miedo a revelar la condición.
Impotente mi alma enmudece
de gritar su silencio
por las represalias del poder.

Hasta los pájaros trinan su lamento
acunando en los solitarios nidos
a los críos nativos de las entrañas
protegiendo a sus pichones
de la barbarie y la maldad.

Los cielos cobardes miran indiferentes.
Los cancilleres en la tierra
silencian la suerte del infante.
Los púlpitos, desde la mar a la sierra,
proclaman los privilegios de la miseria
y se postran serviles ante los comensales
disfrutando insensibles en la opulencia.

Los mares azotan su tormento

mojando los rostros inocentes
de una quebradiza incertidumbre.
Y los niños recorren un frágil presente
de un pretérito vacío, vil, ausente
esquivando un futuro violento.
Acallamos conciencias y razones
con dádivas de miseria y vergüenza
pretendiendo merecer un pueril
reconocimiento de los ojos humanos
y una aprobación excelsa
de las huestes celestiales.

III.

No basta preguntarse...
Quién cambiará su destino
ni quién reclamará su derecho
ni quién cobijará su existencia.

No basta indignarse...
Que las voces tiernas pregonen ventas
cuando debieran recitar poemas.
Que las manos suaves empuñen azadones
en lugar de pintar letras y campiñas.
Que sus pies recorran avenidas insociables
habiendo infinitos libros para soñar y viajar.
No basta escribir poemas
pensando en sus rostros despeinados
en sus manos tiznadas

en sus zapatos descosidos.
ni en sus cuerpos doblegados.

No basta la furia enjaulada.
ni basta el llanto congelado.
No basta la paz de sus ensueños
ni la guerra de sus carestías.

Que los mares inunden los campos
Que los cielos afanen sus truenos
Que la tierra brame sus volcanes
Que el viento bata tempestades.

Y los animales rujan proclamas
y las plantas agiten enfados.
Que las piedras se levanten rabiosas
y nos hieran los dientes
y nos lesionen los cuerpos
y nos laceren el alma
hasta que aquellos infantes supriman
su pretérito aniquilado de sueños,
y su presente lastimado de vergüenzas.
Y alcancen el amparo anhelado
de un futuro de utopías alcanzadas.

Entonces, sólo entonces
los cielos sonreirán a sus ángeles pintados
Y la tierra hará fiesta con sus pueblos.
El Universo dormirá tranquilo
en la paz quimérica de sus hijos.

Encercados.

El gorjeo de aves multicolores
anunciaban el pregón de las fiestas
muy en la mañana se vistieron de gala
sus plumas mostraron al sol, su belleza
y la complacencia de carear con la libertad.

Desde el atardecer de la víspera
divulgaron la presencia de personas importantes
que bajarían del Olimpo omnipotente.
Llegarían en impolutos carruajes blindados
cubiertos con la bandera blanquecina de la paz
y marcharían al compás de tonos marciales
y bailarían con los ritmos tradicionales
de la tierra, del campo y de la gente.

El jolgorio de la fiesta contagió
a los forasteros, a los paisanos y a los convidados
quienes, arrimados a las paredes de las catedrales,
guarecidos en los campanarios de las iglesias,
y en los aleros de las casas señoriales
observaban obnubilados el paso de los corceles,
el caminar gallardo de los marchantes
y el baile armonioso de las cholas y sus parejas.

Los adoquines recibían complacidos las danzas
los árboles agitaron frenéticamente sus ramales,
los matorrales mostraron sus polícromas flores,

el cielo, contagiado con la algarabía, sonreía.
El brillo de la mañana alcanzó su cenit.
Y la llegada anhelada de los comensales
hizo vibrar a los presentes y ausentes del festejo.

Cientos de diligentes uniformes esplendorosos
cubrieron con pabellones y capotas
el lujoso, hermoso y patrimonial recinto
nubes grises anunciaban torrenciales chubascos
de airadas y enojadas protestas,
de los descontentos y rechazos populares.

No permitirían que bajen las hirientes gotas
manada de los contrariados y molestos urbanos
pues, mojaría las vestimentas impecables
de la virtuosa y solapada mansedumbre
y del intachable proceder de los invitados.

El agua baldearía el carmesí de las veredas
fluiría impetuoso por los portales y las acequias,
inundaría las surcos, cunetas y prados
desembocaría fogoso en los cuatro ríos
manchando de escarlata sus cantarinas aguas.

Las aves retornaron a los sueños ancestrales
y, aprisionados entre los cuadros de metal,
entonaron su trino sereno de emancipación.
El canto se escapó al huracanado viento
y se confundió con los coros de reproche.

Enclaustrados en los tapiales de armadura
los impostores del regocijo y la prosperidad
desfallecían extenuados por la cedida ternura.

Festinado el pastel de las incongruencias
abandonaron el recinto sagrado del pueblo
y tras las verjas del fierro enmohecido
asomaron los atronadores rayos de las voces
del río, la lluvia, los pájaros y la multitud
exigiendo reparos a la humillación cometida.

Con el temor pueril de convertirse en efigies de sal
no regresaron la vista a los ofendidos.
Y con la altanería que infunde la supremacía
culparon a las aves de los perdigones desperdicia-
dos.

Denuncia.

La nube gris proveniente del Norte
se esparce tenebrosa ante los arrebatos
de los vientos de la libertad.
El cielo clarea y el sol irradia su luz centelleante
en los rostros expectantes de la multitud presente.

Su calor abriga los cuerpos y las mentes,
y la calidez de sus rayos anima los espíritus
y cubre de esperanza el horizonte.

Alegres son los cantos de la gente

y vivaces los colores que tiñen el mar
la tierra fructifica su mazorca con aromas
de fortaleza, cultura y pan exquisito.

Arcoíris de pieles, lenguas y vestidos
pintan la heredad del Amazonas y los Andes
y se confunden con los matices de la tierra.

Las aves multicolores entonan alegres
sus suaves y primorosas melodías de paz.
Los bosques impenetrables se engalanan
con los pétalos de las orquídeas y las margaritas.
Los hombres impregnan sus ilusiones
con trajes espléndidos de anhelos y sueños.

Los olores son insólitos a las astucias forasteras.
Los sabores reflejan repulsiones en los extraños.
Y la alegría despierta sospechas en los señores.

Envidia, rencor y celos
renace en el alma de los opresores
y de sus corazones crispados
mana el elixir del odio.

Tras las montañas miríadas de rencores
asoman sus maquiavélicos tentáculos
presagiando tétricas sombras en el paisaje.

Los animales fieros pintan sus rostros de maldad
y arrojan sus flatulencias tóxicas, venenosas
y arrebatan la felicidad de la piel de pueblo

usufructuando, infames, en manjar dorado de la tierra.

Acorazados se abalanzan temerarios,
Y cobardemente saquean el néctar blando y dulce
de la heredad ancestral de los hijos del mundo.

Violentan los caminos de la historia inefable
mancillando el honor con sus botas viciadas
por el descaro de las mentiras proferidas.

Forzando los mensajes de los dioses eternos
Pretenden hacer suyos los encargos divinos
de sembrar la paz, la solidaridad y la libertad.

Los miserables abusadores de la inocente ternura
se arrastran como gusanos inservibles
ante las demandas de los celajes del Norte.

11/11/2019.

Un catre fastuoso.

En las visiones nocturnas sobre su catre fastuoso
asoman los resplandores de un mar cristalino.
Ilusionado se remonta a las infancias inocentes
de los confetis, canicas y balones de colores
de los juegos tiernos, inofensivos, castos
a los felices tiempos de jolgorios chispeantes
de travesuras angelicales e infinitas vidas
con las rodillas rasmilladas, la cara sucia,
con los cabellos desgrednados y alborotados

sueña y eleva sus delirios perpetuos
en su camastro trivial de paja y yerba buena
de florecillas mustias y marchitas de su niñez.

De charco en charco salpica las aguas tibias
y lodosas de las calles de su pueblo manso.
Se encarama en los arbustos para mirar los nidos
de pajarillos desplumados, suaves, delicados
Y escucha el gemido de sus picos gritones
similares a los rugidos de sus hermanos necesita-
dos.

Asaltando los capulíes, los gullanes y los duraznos
se alborozan con el néctar suave y dulce de su carne
y goza del fino aroma de la paz y la solidaridad
de la amistad de sus compañeros de vida
acompañados de las quimeras de alcanzar el cielo.

Con el aro al viento y la cometa rozando las nubes
se levanta en vuelo a sus mágicos ensueños
y fantasea con trajinar por los senderos sin guijarros,
sin las ponzoñas que lastimen sus descalzados
pies,
Y al mirar tras las brumas, el horizonte diáfano
brillan en sus ojos los futuros lúcidos de esperanza.

El sol surge, con sus cálidos rayos, detrás de la
cabecera

presagiando amaneceres claros, colmados de sonrisas
de festividades del alma y satisfacciones del cuerpo.

La rayuela del destino le conduce al juramento
sereno y fiel con su gente sencilla y profunda
entregando un ejido invadido de mazorcas y camotes.

Con su espíritu nativo y valeroso alcanza las quimeras
de las elevadas aspiraciones de su pueblo originario.

Mas, se alza maquiavélico los arrebatos foráneos
manchando las colchas de escarlata y vergüenza
violando su lecho de sueños con retratos fanfarrones
de risas mentecatas y murmullos arteros.

Una voz infantil.

Es como el suave trinar de las aves
anunciando los amaneceres de los días.
Como las cantarinas aguas de los ríos
llevando en su caudal el bálsamo de los anhelos.

Como el susurro imperceptible de la brisa
musitando los anhelos de un pueblo dolido.

Como el arrullo nocturno de una madre
adormilando las afrentas y las heridas provocadas.
Así resuena la voz de la niña en el recinto;
y, traspasando el alma sencilla de su pueblo,
lacera el orgullo prepotente de la mesa.

Son palabras sencillas, profundas, sinceras;
verdades que duelen y lastiman la vanidad
de los caballeros montados en las crines
de la indolencia y el sufrimiento de sus hermanos.

Los impolutos defensores de la libertad
están curtidos en la falsedad de su actos
y por sus labios brotan disfraces cómplices,
y rozan con sus lenguas los escarpines
mefíticos del amo infructífero de turno.
Callan, serviles y necios, esperando coleccionar
las regurgitaciones del poder en sus páginas.

Venganza desalmada al proverbial mensaje,
muerte al futuro de la inocente expresión.
Enclaustran la realidad en las obnubilaciones
de los desaciertos de su caminar errado.

En actitud hostil, sus vasallos sandios,
recriminan la voz serena de la verdad.

La voz del pueblo,
en respuesta a su vergonzoso acto,
truenas bulliciosa y rebelde.

El trinar de las aves,

se convierte en insospechados estruendos;
el cantar de los ríos,
se transforma en soberbias tormentas;
el susurro de la brisa,
se trasmuta en huracanados vientos; y,
los arrullos de la madre,
en gritos de indomable rebeldía.

La traición se acurruca
en las Faldas de la Miseria Infame.

Una cruz.

La señal de la ignominia cubre la infamia
de sus afanes trogloditas de dominio.
La opresión de largos siglos tolerada
pretenden conservar camuflada, sin rabia.

Osan adormilar las conciencias rebeldes
en la sumisión de las balas y las botas asesinas
mostrando las manos y las cienes ensangrentadas
de quien luchó contra la inequidad y la opresión.

Bendicen los artefactos mortales con el agua sa-
grada
desprendida de los diáfanos cielos de la sierra;
de la escorrentía de los cristalinos riachuelos del
monte;
de los tranquilos y sosegados manantiales del pra-
do

y de los bravíos mares y océanos del universo.

Con las batas rociadas de mentiras milenarias
ocultan el interior de los sepulcros blanqueados.
Son mercaderes de la muerte y el dolor
Y, viles, renacen el sufrimiento, el llanto y el hambre.

En las páginas de los resplandecientes filos dorados
está escrito que la sangre vertida es tan suya
como es de un pueblo que paga su pena sin culpa.
Y profetiza que mejor les convendría
atarse una piedra al cuello y lanzarse al mar.

¿Qué pretende esconder tras los textos y la cruz?

ACCIONES REBELDES.

Un poquito de maíz tostado.

Extiende su mano generosa y reparte un poco de lo que será el sustento de su día. El padre, la noche anterior, escogió el mejor grano de la cosecha pasada. Y su madre lo preparó con manteca de cerdo en el tiesto de barro. Era el fiambre para la mañana de escuela; pero, hoy, las puertas del colegio están cerradas; es que, de improviso, han programado el paso de cientos de uniformes impertinentes, casuales y grises por el pueblo. Y se queda a esperarlos con la bolsa llena del maíz tostado. La calle de tierra que conduce a su solariega casa jamás ha sentido el crujir de las botas de tan ilustres visitantes. Los pajaritos silban con estupor cantos de sorpresa, y los árboles miran estupefactos la marcha desacompasada de aquellos hombres extraños. Los tapiales tiemblan y se estremecen al verlos cruzar. Estarán camino a la frontera para defender la pequeña parcela de sus padres, su terruño sembrado de nabos, coles y arvejas, se dice. Llevarán días viajando por los caminos polvorientos, sin comer, sedientos y cansados. Y se apura en entregar su escaso y frugal fiambre a cada uno de los hombres: él sabe lo qué es el hambre y el caminar largas jornadas. Lo hace con ternura mientras ellos caminan, pues, no quiere interrumpir los agitados pasos; están inquietos en

cumplir con su noble cometido. Ellos toman su parte y se alejan. No son agradecidos. Más adelante, cuando los hombres llegan al poblado, los granos se convierten de balines, en gases blanquecinos de lágrimas, en golpes con elotes, en sangre y en la muerte de algunos de sus hermanos.

Oscuras golondrinas.

Al ingresar al aula para recibir la clase, preestablecida en el calendario, de la materia de Geología, todos los presentes observamos que un compañero llegaba apresurado, con el rostro atiborrado de preocupación, y logró entrar al aula antes de que el profesor cerrara la puerta. ¡Justo a tiempo! Una vez que nos acomodamos en los asientos nos reveló que su atraso se debía a que se topó con un atasco de una hilera enorme de vehículos aguardando conseguir combustible para sus tareas diarias. Enseguida recordé los conocidos versos de Adolfo Becker: “Volverán las oscuras golondrinas...”. ¡Hoy ya están en nuestro balcón!

Importe adicional.

Cierto día, cuando aún era un adolescente, indiferente de los conflictos que soportábamos por las decisiones de los gobernantes, ingresé al local comercial del barrio para abastecerme del mandado de mi madre. El dependiente señaló que los pro-

ductos solicitados sólo me podría suministrar sí, siempre y cuando, adquiría otros artículos que no deseaba. Regresé a la casa para comunicarle el asunto a mi viejecita. Ella desembolsó de su cartera el importe adicional; y cuando me alejé le escuché gruñir algunas palabrotas. “Pero aquellas que el vuelo refrenaban... Esas no volverán”

¿Volverá?

Un cachorrito, despreocupado e indiferente, cruzó por mi lado sin molestarse por mi presencia, como si fuera nadie. Lo observé como se iba por la vereda sin que le preocupara lo que de él pudiera pensar. Luego lo vi perderse al girar la esquina. ¿Volverá, algún día, a pasar por mi lado?

Perdidos.

Una mañana de paseo escolar, el sol brillaba deslumbrando los tupidos matorrales del bosque. Los senderos por los cuales debíamos caminar se asomaban diáfanos luego de cada curva. Sabíamos que la senda nos llevaría de vuelta a la campiña en la cual los otros compañeros estarían jugueteando y preparándose para la cena. Ese día, habíamos caminado tanto que nos olvidamos de la hora; las sombras empezaron cubrir el campo y, de pronto, las tinieblas confundían los atajos con algunos escondrijos oscuros. Perdimos el camino y

tardamos un buen tiempo en vislumbrar las lumbreras del campamento. Culpamos al sol de haberse ocultado temprano.

ALGUNA SIMILITUD CON LOS CUENTOS INFANTILES ES PREMEDITADA.

Caperucita roja.

Todos los sábados por la tarde cruzaba delante de la casa parroquial para ir de visita a la abuela. Su madre, divorciada hace mucho tiempo, le advertía que no cruzara por el parque ya que ahí se apostaba una banda de malandrines, y era mejor evitar cualquier percance con esos tipos. Sin embargo, los truhanes conocían bien a la chica y, aunque pasase sola, jamás se atreverían cometerle algún daño. El padre de la muchacha era un alto funcionario del gobierno y ellos sabían de lo que él sería capaz de hacer si osaban molestarla. A pesar de eso, la mamá, insistía en que rodeara la plazoleta para dirigirse a la vivienda de su suegra. Así lo hacía, no obstante, al cruzar por la puerta enorme de la mansión de la curia pastoral, sentía escalofríos.

El lobo y el pastor.

Cada mañana al despertarse encendía la radio y, coincidencia o no, escuchaba siempre la misma noticia. Debido a la repetición incesante llegó a saberse de memoria las palabras que iban a conti-

nuación No sabía si lo que decían era mentira o era verdad, pues, nunca trató de investigar sobre la veracidad del asunto. ¡Ya viene el lobo, ya viene el lobo!, repetían los altavoces. Los ciudadanos alarmados y furiosos, y con ánimos de auxiliar al indefenso presentador, acudían presurosos a la estación; al llegar, observaban como los animadores hablaban apaciblemente en sus micrófonos. Entonces, desilusionados, regresaban a sus labores cotidianas. Todos los días era idéntica la misma cantaleta. Un buen día, él, decidió no conectarse con esta emisora y cambio de frecuencia para escuchar una música relajada. Sin embargo, los otros ciudadanos seguían escuchando la estación del cuento repetido. Luego de un largo tiempo el joven se olvidó de la cantilena, no obstante, para su sorpresa, en el nuevo canal se suspendió la música. Interrumpían la transmisión para emitir una noticia de última hora: El lobo había llegado a la emisora y estaba devorando a los locutores radiales.

Blanca Nieves y los siete enanitos.

La escultura que había tallado no era del agrado de ciertos ciudadanos. Los gobernadores del pueblo, parándose frente a la pantalla del televisor, proclamaron que la estatua debía ser derribada y el artista deportado. Y, del dicho al hecho: en poco tiempo todo lo que había causado admiración en el

orbe fue degradado, y el artífice tuvo que huir a refugiarse en un país vecino. Fue grande la sorpresa que causó en sus vecinos cuando escucharon que las creaciones del virtuoso no eran valoradas. En tanto, la animadversión de sus coetáneos persistía. No se sabe si fue por envidia o porque no podían igualar la calidad de sus labrados, lo cierto es que empezaron a cambiar el nombre del autor en las obras. Pero esto no les satisfizo, su misión debía concluir con la destrucción total del artista. Muerto el perro, muerta la rabia, dijeron. Y contrataron a una afamada pitonisa del pueblo para que preparase algún brebaje y destruya para siempre a su enemigo. Con el veneno de la persecución fueron en busca del afamado escultor. Para su desilusión lo encontraron acompañado de varios servidores a quienes les preparaba exquisitas obras de arte, sin embargo, valiéndose de las artimañas de la prensa lograron derrumbar su reputación. Hoy, los mismos diarios, andan diciendo que solamente está dormida la inspiración, que cuando despierte será como un león hambriento. Dicen, y tienen pavor, que los comerá vivos.

Los tres cerditos.

Sucedió hace poco tiempo. El pueblo no había logrado saciar el hambre, por lo que, se produjo una revuelta exigiendo a los gobernadores que no les despojara del poco alimento que había en sus me-

sas. En esta difícil circunstancia, el gobernante decretó que la solución para la crisis era cazar a los agitadores de la muchedumbre; el justificativo para dicho mandato fue que los revoltosos estaban solicitando una cabeza para menguar el apetito. Entonces, para evitar más protestas, los encerró en una choza de carrizos; en poco tiempo se dio cuenta que ésta casa podía ser vulnerada por los amigos y mandó a construir una de mayor resistencia a los reclamos del pueblo y la hizo de madera de roble; el roble, considerada una madera noble, con las agitaciones públicas empezó a resquebrajarse, y ordenó que la siguiente guarida sea construida con el hormigón de la indolencia y con ladrillos vistos de la mentira. Cuando estuvieron bien protegidos, acudió una jueza justa, y con un fallo inapelable, ordenó al carcelero para que los dejara en libertad y que los detenidos salieran por la puerta grande de la dignidad. Cuentan, de eso ya no puedo dar fe, que la fiscal había ingresado por la ventana tratando de comerse a los prisioneros, pero ellos le habían preparado una trampa; al ingresar resbaló y cayó dentro de una olla llena de aceite hirviendo de la vergüenza.

El patito feo.

En un país ubicado en medio del continente, sin que pudiera ver el mar, habitaba una comunidad discriminada por la gente descendiente de tierras

lejanas. Esa comarca siempre había estado relegada de los beneficios que disfrutaban el resto de la población a pesar de que su territorio era rico en especies y minerales. En medio de este aislamiento nació un hombre que, pese a las adversidades, logró alzarse a un nivel superior y desde esa posición privilegiada observó las condiciones desmejoradas de la multitud. Él veía a sus hermanos y recordaba como en su niñez, igualmente, había padecido por conseguir un pan, un libro, una medicina, una escuela, una vivienda, una carretera para llevar los productos de su campo a la ciudad. Y, su pueblo, percibiendo las nobles intenciones de su pariente lo adornaron con las plumas del poder. Con la autoridad en sus manos inició un proceso de transformación y comenzó a repartir los frutos de la tierra de manera equitativa. Esto disgustó a los favoritos de la sociedad y, uniéndose con los enemigos de las ideas revolucionarias, fue expulsado de su tierra. Los países amigos murmuraban cuán hermoso era ver a los niños caminando a las escuelas multicolores. Su familia espera ansiosa que regrese a su terruño para repintar el entorno con miles de matices.

El gato con botas.

Se calzó sus sandalias y fue a recorrer el mundo. Y empezó su peregrinación luego de limpiar su cuerpo de las ataduras del pasado. Tenía un mensaje maravilloso, y anhelaba compartirlo con la huma-

nidad. Las tierras a las cuales visitó le pertenecían ancestralmente a su pueblo, sin embargo, estaban administradas por un gobernante tirano; sus parientes, amigos, y vecinos soportaban el yugo de la opresión. Por la situación sufrida le nacieron opiniones e ideas que trastocaban con las leyes imperantes. En un principio, los saberes que transmitía no fueron tomados en cuenta por las autoridades y sus acólitos; no obstante, en poco tiempo, llegó a tener miles de adeptos tanto dentro de sus coteráneos como de los invasores. En sus discursos hablaba de la libertad, de la equidad, de la discriminación, de la solidaridad, por lo que, los gobernantes empezaron a echarle un ojo, pues veían en él a un potencial líder: era carismático y tenía el don de la palabra y, por tanto, lo consideraron: peligroso; temían que pudiera liberar a su pueblo, tanto física como mentalmente, y, en consecuencia, sus prebendas podrían derrumbarse. Pero, así como tenía adeptos dentro de su pueblo, también consiguió enemigos. Y complotándose ambos enemigos: los de su pueblo y los foráneos, urdieron para apresarle por motivos mentirosos, empero, estos, calaban profundamente en las creencias atávicas de la gente. Aunque aprisionaron su cuerpo, no pudieron encerrar los ideales transmitidos. Ni la muerte ignominiosa posterior consiguió que su mensaje falleciera. Vive, dicen.

PARTE II
Sentimientos

Nada.

Llueve. Y no pienso en nada.

Nada.

Pienso. Llueve. Pienso.

En ti.

Truenan los rayos.

Quebrantan mi mente.

Me nublan.

Despierto.

Sueño.

Viajo.

Camino.

Pisadas.

Tu sombra.

Para qué, pregunto.

No existen razones, respondo.

Tu sendero por el Norte.

El mío por el Sur.

Llueve. Siento.

Nada.

Tu ser me moja.

Tu recuerdo humedece mi rostro.

Mi cuerpo de frío tiritita.

Mi pensamiento acalorado te siente.

Tiempo que no discurre.
Añoranza que no pasa.
Te siento. Te abrigo.
La esencia de tu ser se difumina.
Nada.

Callejero.

Mira al cielo, y las estrellas centellantes
titilan alegres en sus ojos dolientes.
Mira al suelo, y las calles fulgurantes
reflejan emisiones temerosas
en su cuerpo fatigado, moribundo, casi inerte.

Su mente, doblegada de hinojos
suplicante anhela protección y ternura.

Recostado
sobre unas frías losas del pavimento
o acurrucado en una sucia alcantarilla
mira infinitos seres que por su lado
cruzan con disimulo.

No son entelequias extrañas,
son conocidas figuras de antaño.
¿Los amó? No lo sabe,
mas su ser interior sabe cuánto los extraña.
Días felices convivió bajo cálidas techumbres
mordiendo zapatillas, enseres y cacharros

correteando alegre con niños y abuelos.

¿Le amaron? Quién sabe.

Tampoco sabe do migraron las palabras de afecto,
las caricias torpes detrás de sus orejas y
las miradas sinceras de afecto.

Explicarse no puede
de la sinrazón de haberlo abandonado.
Sin su plato de pepitas exquisitas,
sin el jergón de su colcha rasgada.

Nostalgia siente
por los regaños recibidos
por los golpes resistidos
por la lluvia soportada
por el aire frío aguantado
Y por el desamor admitido.

Sus gemidos, lanzados al viento,
retumban sonoros en los oídos sordos
de los habitantes del cielo.
Sus lamentos, esparcidos en el suelo,
alcanzan las profundidades del alma
sin mellar los rocosos sentimientos humanos.

Despojado de su noble naturaleza
transcurren días y noches.
El hambre desgasta su coraje
El frío erosiona su bravura
La soledad aniquila su pasión

La indiferencia perturba su valentía
Y la indolencia de la humanidad
destroza su espíritu valiente,
dócil y sincero.

La luna de vergüenza se esconde
herida por la indiferencia
de un mundo indolente.
El sol confundido se oculta
sus rayos lastimados no reflejan
la miseria de la muchedumbre.

No hay prado que lo proteja,
ni rancho que lo cobije.
No hay bocado que lo sostenga
ni abrazo amigo que lo refugie.

Me desapego de su andar abatido
e indiferente prosigo mis pasos.
Una miga de su ser afable
se cuela en mis entrañas
y me confundo con el callejero
en un cosmos colmado de ternura.

Su mirada triste en mis ojos se clava
me transmite soledad y desidia,
hastío y cansancio de aquella
infortunada existencia.

Displicente me alejo,

su vista me persigue
me desgarrar la piel en jirones
y el alma se desgaja
en millones de fragmentos.

Se queda solo
mirando la estrellas titilantes
en sus ojos abatidos.

13/09/2019.

Me duele tu ausencia.

Cuando no estás a mi lado, no consigo soportar mi
soledad.

Me duele mi ser cuando tengo que partir lejos de
ti.

Pero, me lastima la vida entera cuando te alejas de
mi lado.

Será que al marcharme cobijo la esperanza de vol-
verte a ver.

Más si tú te vas cunde la incertidumbre del anhelo
de encontrarte.

Cuando me voy te dejo mi substancia.

Cuando te alejas llevas contigo tu presencia.

Si me aparto de ti se quedan contigo las memo-
rias.

Más si tú te vas te llevas los recuerdos.

Cuando te vas me quedo indefenso.
Si me retiro me llevo tu fortaleza.

Cuando me voy.
Nunca está desierto mi mundo.
Nunca vacía mi alma.
Nunca desolada mi existencia...
Porque me llevo todo el universo que encarnas.

Más si tú te vas.
Se me nublan los pensamientos
Me paraliza la existencia.
Se me aniquilan los ímpetus...
porque contigo te llevas
el cosmos de mis ilusiones.
Si al alejarme de ti me hiere tu separación
al dejarme sucumbo violentamente por tu ausencia.

Yo sé dónde están.

Se nos fue hace seis años.
Aunque habíamos esperado su partida
nunca supimos del vacío que nos iba a dejar;
y nuestro mundo se convirtió en un desierto
y mi ser deambuló en vaguedades
sin afán de colmarlas con otros encantos.

Porque él lo llenaba todo
porque su espacio
era mi sitio de sosiego y de paz.

Me dirán que estará en algún lugar
que algunos lo llaman cielo
que desde allí nos mira y nos cuida,
que se ha encontrado con mi madre
y que juntos nos protegen.

Yo no sé adónde se fue.
No sé si mi madre lo acompaña,
si juntos volverán a recorrer sus vidas,
o si pensarán en tener más hijos...

Yo sólo sé en donde reposan
sus cabellos blancos
y su mirada tierna
sus manos finas
y su caricia esquiva
sus pies descalzos
y su caminar cansado.

Yo sólo sé que mi madre
yace a pocos pasos
de lo que él algún día fue.

Solo sé que su ser,
su recuerdo,
sus palabras

y su sonrisa
nunca se irán de mi mente
y de mí corazón...

Que los llevaré en mi alma
porque son parte de mi vida...
y que mi existencia es su existencia.

Siempre.

Siempre te amaré en silencio.
En ese silencio de la germinación de los campos y
del nacer de las flores.

En ese silencio de las nubes blancas
disipándose en el inmenso cielo azul.

En el silencio del amanecer de un nuevo día.
En el clarear mañanero de los montes al oriente.
En el silencio de la noche más oscura
y de la gente que se ha dormido.
En ese silencio te amaré.
Y te amaré por siempre.

Mas quisiera...
que ese sentimiento salga de mi alma
Como los truenos en una tempestad
Como la erupción de un volcán
Como el ulular de las sirenas

Como el bramido de un río crecido
Como el cantar de los pájaros al despuntar el alba.

Y anhelo...
que se escuche por las calles
como anuncio publicitario.
Y que la gente escuche en todos los pueblos
y que lo sepan las aves de cielo
que las plantas se estremezcan al enterarse.
que los rincones revoten el eco del sentimiento.

Que los vientos arrastren mis palabras
hacia los confines del mundo.
Que las lluvias lleven mis quejas al
solitario mar profundo.
Y al vagar tempestuoso en el infinito espacio
llegue a tus oídos este clamor estremecido.

Pero no, no puedo...
Lo mantengo aprisionado en la mente
encarcelado en la profundidad del alma
gimiendo solitario su pena
llorando quedo su desventura e infortunio
no obstante feliz de guardar el sentimiento
alegrando su contento alborozado

Que por qué te amo
No puedo hallar respuesta
Es necio el corazón
a los ruegos de expulsar las pasiones.

Y se aferra a los dolores
consumiéndose honroso en los quererres.
Su placer es agotarse en su padecimiento
es liberar su tormento al éter de la incertidumbre.

Por eso...
Siempre te amaré en silencio.
Así estará a salvo mi ternura
que ya no es mía, pues, te pertenece.
En su lecho cálido reposará eternamente
y por temor al quebranto de verlo lacerado
lo aprisiono en mi pecho
cual loco desesperado.

Rumbo a tu escuela.

Chiquitillo...
Pantalón remendado
con la carita sucia
y el pelo desgreñado.

Te vas... rumbo a tu escuela.
Tus pasos son muy cortos
y el camino es tan largo.

Te vas...
Sin darte cuenta
que voy por tu misma orilla.

Piensas...
que soy muy mayor
tal vez... bastante aburrido.
Pero, chiquitillo
quiero ser tu amigo.

Chiquitillo... caminaremos
Por esta misma ribera
Descubriremos al sol...
Descubriremos la vida.

Me canse.

Me canse de esperar...
De esperar que el sol brille en mi ventana.
Que la rosa me dé su aroma en las noches.
Que la flor perfume mi almohada.
Que la brisa me despierte en las mañanas.

De esperar que tu voz me llame.
Que tu aliento refresque mi alma.
Que tu presencia invada mi espacio.
Que tu risa alegre mi existencia.

Me canse de esperar...
De esperar que tu mirada alumbre mis perdidos
pasos.
Que tus palabras gobiernen mis alocados senti-
mientos.

Que tus manos acaricien mis cansadas manos.
Que tu rostro acompañe mis dolidas y efímeras
presencias.

De esperar que los niños canten...
Que los ancianos rían... que las aves vuelen li-
bres...
Que los árboles no se marchiten...
Que el cielo se me escape de las manos...
Que los ríos fluyan al infinito...
Que los mares invadan mi espíritu.

De hilvanar sueños,
Y de coser esperanzas...

Es que mi tren hace rato que pasó.
Hace tiempo que dejó su estela de algarabía y fies-
ta.
Se fue lejos sin esperar que se cumplan mis anhe-
los.
Sin esperar que se consuman mis ilusiones y qui-
meras.

Entonces tengo que regresar,
regresar a mis hojas y a mis letras.
A mi hierba húmeda y a mi morada solitaria
A mi espacio vacío y a mi quebrantada soledad.

Vencido... no,
Cansado nomás.

Te busqué.

Ayer te busqué por toda la ciudad...

Te busqué en los pensamientos absurdos de mi existencia.

En la locura no encontrada de la utopía de mis anhelos.

En la sonrisa inocente de un niño

y en la mirada tierna de mi madre ausente,

Te busqué...

Caminé por todas las veredas desoladas...

Revisé los escondrijos agazapados de mis sueños.

Escalé la cima de mis aspiraciones perdidas.

Recorrí los caminos gastados de mis ilusiones
y revolví todas mis pertenencias...

Te busqué...

No te encontré en mi alma... ya no clamaba tu presencia.

No te encontré en mi corazón... ya no gritaba mi esperanza.

No estabas en mi pensamiento... no protestaba mis frustraciones.

No estabas en mis sentimientos... no gemía mis afanes.

Te busqué y no te encontré.

Pregunté tu nombre al viento y se había llevado la brisa.

Indagué tus huellas y la lluvia las esparció al infinito.

Con las fuerzas perdidas proseguí con mi búsqueda... inútil.

El sol reseco todas las letras de tu figura...

Te había perdido...

Reclamé a los dioses el olvido.

Imploré al cielo tu partida.

Ya no estabas en mi sendero...

Ya no estabas en mi mente...

No estabas... todo lo abrigado se volvió nada.

No estabas...

Mi ser desgano de amarte, lloraba.

Amor no te comprendo.

Mira...

Las estrellas que se pierden
en el firmamento...

¿Cómo no ha de perderse
mi vida en un instante?

¡Ay amor! Yo no comprendo...

¡Corazón yo no te entiendo!
¿Cómo ha de perderse el sentimiento?

¡Ay amor! Yo no te entiendo...

Mira cómo vuela, cómo gira
y se muere el pensamiento...
y las ilusiones se las lleva el viento.

Ay amor, y se mueren...
Ay amor, y se pierden.

Nada de ti.

Voy recorriendo por las calles,
sin saber lo que te ha pasado,
sin saber nada de ti.

Nada de ti...

Solo la gente me va mirando,
Como si fuera un ser extraño.
Y mis ojos van llorando
al no saber nada de ti.

Al no saber nada de ti
no me importa nada de mí.

Hasta el cielo quiere llorar
al no saber nada de ti.
Voy fumando un cigarrillo,

hurgo mis manos en los bolsillos,
y voy silbando un estribillo...
al no saber nada de ti.

De ti nunca me alejo.

Cabalgando en el tiempo
entenderás la vida.
Comprenderás mis pasos
por qué se quedan cerca
de ti nunca se alejan.

Entenderás mis versos,
comprenderás mi canto.

Comprenderás al sol
porque siempre se oculta
detrás de la montaña
cuando muere la vida.

Hoy me han contado que te vas.

Hoy me han contado, por ahí, que te vas.
Y, sin importar que dejas un corazón herido, te vas

Quién me dejará un mensaje por teléfono
diciendo que me quieres
y que esperas verme pronto.

Quién por las mañanas

regará las flores del jardín.
Quién me cantará en las noches
en el frío mes de abril.

Quién me dejará un mensaje
escrito sobre el televisor
diciendo que me extrañas
y que no puedes vivir sin mí.

Quién acariciará mi pelo antes de dormir.
Quién tomará mi mano para caminar.

¡Hoy me han contado que te vas, amor!
Dejando todo, dejando amor, dejando vida...

¡Te vas!

Solamente me queda decirte estas palabras:
¡Qué te vaya bien...!

Golondrina.

¡Oh Golondrina!
revoloteas por mi casa,
pareces una mariposa joven
de un solo color.

Te vas llevando
mis pensamientos
con el viento,

volando suave a ras del río,
sin temor a amar.

¡Golondrina...!
¿Por qué llevas mi corazón al lado de ella?

Sabes que no puedo soportar,
y que yo me muero si no está.
¡Oh golondrina!, ¿dime dónde está?

Golondrina, golondrina.
Vuela lejos, averigua dónde está.

¡Oh Golondrina!
Si encuentras su huella...
No te detengas... llámame ya.

La brisa y la mar.

La brisa y la mar
contemplo desde aquí.
La brisa y la mar
están que cantan y cantan.

Pero, a mi soledad...
ni el sol y el agua la pueden disipar.
Ni la mañana fresca, al despertar,
hacen que mi alma cante.

Mi alma se ha de conformar,
con solo verla otra vez más,

allá en el monte eterno del adiós,
allá en el monte dónde yo te amé,
donde te di mi vida.

Si no te tengo.

Las estrellas que alumbran en el cielo
son luceros que adornan tu hermosura.
Esas mismas, son las que hoy me acompañan
y mitigan un poco mi dolor.

Para qué tengo los días que vivirlos,
si no tengo las noches para amarte.

Para que quiero mi sol.
Para que quiero mi amor.
Para qué quiero mi vida...
sin tu vida.

Siento.

Siento que tus besos me hacen falta,
siento que tu voz no me acaricia.
Cuantas ganas de tenerte a mi lado,
contarte mis cosas y darte mis rosas.

¡Ay amor! Estoy enamorado:
de tu cuerpo y tus manos,
de tu risa y tu vida.
De tu franca sonrisa y

de tu pelo de niña.
De tu franco deseo
y todo de ti.

Quisiera correr, quisiera volar...
llegar a tu casa, decirte: ¡Te quiero!.

Tenerte en mis brazos, cantarte mis versos.
Con un solo beso fundirnos los dos.

A ti mujer querida.

En esta noche fría yo te pienso
y me haces falta.
El aire que detiene
todas mis palpitaciones.
El aire que respiro,
ese aire eres tú.

Por eso yo te quiero, por eso yo te canto.

A ti, a ti mujer querida
A ti rosal perdido de mi vida
y de mi amor.

A ti mujer querida
A ti que eres mi sombra
y eres mi sol
A ti que eres mi amor,
mi pena y mi dolor.

Amante colibrí.

Amor suavecito ven,
déjame entrar en tu jardín.
Flor que encendida eres tú.
Yo soy tu amante colibrí.

Extasiarme con tu amor,
con tu néctar bella flor.
Tu inocencia y tu pudor,
con este fuego no se perderá.

Cuando pasé por tu casa.

Cuando pasé por tu casa
mire a tu ventana
me estabas mirando.

Un chiflidito pegué,
no sabía que tu madre
me estaba escuchando.

A la vuelta de la esquina,
junto a la botica
te estuve esperando.

Y la vecina del frente,
la vieja chismosa,
me estaba espiando.

Cuánto te extraño.

No sé si yo te amo,
Pero... ¡Cuánto te extraño!

Y miro de reojo,
la luz ya se ha apagado,
qué fría es tu ventana.

Dónde te has perdido.

Amor, dónde te has perdido hoy
Te busco, y tú no estás aquí,
te llamo, y no contestas más...
¿Dónde te has perdido amor?

Amor...
¿En las sombras de un gran papel...?
¿En un poema de mi voz...?
¿En un canto de gorrión...?
O...¡En un aviso de neón!

¿Dónde estarás?
Perdida entre las sombras de mi gran soledad
¿Dónde estarás?
Llorando amor, por mi amor...
llorando amor... tu soledad.

Hoy quiero componerte una canción.

Hoy quiero componerte una canción.
Que cruce los nevados de esta bella ciudad.
Que rasgue los cielos, que cruce los mares,
y que llegue en paz.

Que se lleven los vientos
y que se lleven las aves, esta canción.
Que rompa soledades,
que rompa los dolores de una lagrima.

Para decirte que no puedo vivir en soledad.
Que no...
que no puedo cantarte
esta canción que canto para ti.

Para decirte que juntos vivamos en soledad.

Compartamos el aire,
compartamos el sol,
compartamos el hambre,
compartamos el pan.

Juntemos nuestras almas,
juntemos nuestros besos.
Juntemos nuestro cuerpos,
juntemos nuestro amor.

Leño Viejo.

Leño viejo te perdiste en bosque,
y te posaste junto a una rosa muy bella.

No había dueño, estaba sola
y buscaba un compañero.

Tú la quisiste y la amaste,
sin saber que te haría daño.

Y no te diste cuenta leño:
Que la rosas tienen espinas,
Que en el campo crece la hiedra,
Que las flores se marchitan.

No te dabas cuenta...
tu corazón estaba enamorado.

Mi guitarra canta para ti.

Es mi guitarra la que canta para ti.
No está tu voz
y mi voz sin tu amor suena triste,
Por eso...
la guitarra canta por mí.

Volaran las notas sobre tu ventana.
Te dirán que está llorando
el cantor que cantaba para ti.

Que ha perdido su voz...
que ha perdido su canto.
Y... es mi guitarra la que canta para ti

No te atreviste.

No te atreviste a decir lo que sientes
a pesar que me tuviste cerca de ti

Y solo recibí, tantos reproches.
Sabiendo que igual
me amabas a mí también.

No te vayas.

Los caminos de la vida,
son muy largos y tan varios.
Yo escogí la misma senda,
tú buscaste otra distinta.

No es el sino del destino,
son caprichos de la gente.
Sabes tú muy bien cariño,
tú construyes tu futuro.

Yo te doy mi limpia mano...
mano fuerte y cariñosa.
No te afanes por dinero,
¡Busca siempre lo mejor!
Si es que yo no te merezco,

vale mejor decirte: adiós.

Pero...

Si tengo que mendigar tu amor.

Si pedirte de rodillas... lo haré.

Pero, no te vayas

por favor, no te vayas.

Para qué...

Para qué quiero los astros que iluminen.

Para qué quiero los prados más bonitos.

Para qué quiero el aire que respiro.

Para qué quiero que exista el amor.

Para qué quiero las rosas que florezcan.

Para qué quiero mi vida sin tu vida.

Para qué quiero mi voz

si no te canto.

Para qué... ¿Para qué?

Si ya no estás a mi lado cada día.

Si en las sombras de mi vida no me guías.

Para qué... ¿Para qué?

Pedirte un poco más de tu vida.

Voy a pedirte un poco más de tu vida.
Y decirte que me quieras mucho más.

Que cada día seas mi risa,
seas dicha en mi tristeza,
seas vida en mi agonía,
cada día...

Voy a pedirte un poco más de tu vida, corazón.

Se agolpan las ideas.

Yo voy caminando por la orilla de ese río.
Lanzo una piedra, veo las ondas que produce.

Al ir caminando, voy prendiendo un cigarrillo.
Mientras voy fumando, estoy pensando en ti...

En ti... Tan solo en ti

Una piedra humedecida en el río,
una lágrima humedece el corazón.

Y se agolpan las ideas...
Y se agolpa el pensamiento,
que no caben en mi mente...
Y mis lágrimas brotan ya.

Si te hubiese conocido ayer.

Si te hubiese conocido ayer,
Hoy, tal vez, serías mi mujer

Y sabría lo que piensas, lo que sientes...
Y sabrías lo que pienso, lo que siento... por vos.

Así como las hojas secas,
caen del árbol sin volver.
Así también mis sentimientos,
jamás volverán hacia ti,
porque sería como llover sobre mojado.

Porque en esta vida,
pudo ser tu única oportunidad,
para amarte y quererte
con toda intensidad.

Porque estar contigo
duele más que la misma soledad...
Porque no puedo ni mirarte,
ni tocarte, sin quererte un poco más.

Así como el verano pasa,
llega el invierno y se va.
Así también pasan los días
en que quiero tener y te vas.

Porque tu vida...
como el sol, con la lluvia se va.

Solamente tú.

Yo te miro caminar sola en esta vida.
¡Cuánto daría por entrar en tu mente!
por tan solo saber, qué es lo que te hace feliz.

Te daría todos mis amaneceres,
y te daría el murmullo del mar.
Te daría la sonrisa de un niño,
Y el cantar de las aves, por verte feliz

Te regalaría para siempre mi ternura,
y te abrigaría con el calor de mi alma.
Te cantaría la mejor de mis canciones,
y por siempre, serías la dueña de mí.

Porque solamente tú...
haces que el mundo me sea distinto,
haces que el llanto sea mi canto.

Porque quiero ser,
ese a quien tú quieras tanto.

Te recuerdo cada vez.

Te recuerdo cada vez que miro la foto,
en que estamos abrazados sonriendo.

Te recuerdo cada vez
si un niño canta,
si el sol asoma,

si el cielo llora.

Te recuerdo cada vez que la flor florece.
Te recuerdo cada vez cuando duermo.

Si es que vivo, si es que muero...
Si trabajo o no trabajo...
Si es que canto... si es que callo.

Tu cumpleaños.

Estoy preocupado por el día de mañana,
Mañana, será tu cumpleaños.
De noche saldrás tú a verme,
y en mis manos verás que nada te traje.

Por eso vengo a ofrecerte,
acéptalo, por favor,
mi corazón y esta humilde canción,
envuelta en papel de amor.
Acéptalo, si te agrada, mi amor.

Si no te gusta...
¿Qué es lo que quieres de mí?

En mucho podré complacerte:
Si quieres te doy mi vida
has lo que quieras de él.

Has lo quiera de mí.
Ódiame, júzgame o quiéreme.

Un muchacho tonto.

Va por el camino
aquel muchacho tonto.
Va pintando en su mente: una mujer...

Decorando su tristeza
con perlas y más cosas,

El va...

Y el sol se oculta
tras el campanario
para el otro día
salir y ver sufrir
a aquel muchacho tonto.

Quisiera él, saber reír.
Quisiera él, saber cantar.

Pero la vida no le enseñó
Y con él, va su destino
Dice no creer en Él.
Que el mundo
es demasiado grande
para quedarse en este pueblo.

Quiere volar hacia otro lugar
y conformar su propio hogar.

Va...

Homenaje a mi Madre.

Hoy estamos aquí,
mi mujer, mis hijos y todos mis hermanos.
También llego papá,
todos tus nietos, tus hermanos y toda la familia.

Hemos venido aquí a rendirte homenaje.
A tu inmenso amor,
a tu gran bondad,
a todo tu cariño.

En alas del recuerdo yo me elevo,
para llegar a tu sencillo corazón.
Y decirte que no existe otro amor,
otro amor como el que me diste tú.

Los años han pasado, los niños han crecido.
Las sienes de tus hijos,
las nieves han blanqueado.
Otros hijos han llegado,
¡Con cuánto amor los habrías recibido!

Hace tanto que no te vemos,
pero siempre te recordamos.
Me faltan las palabras...
las lágrimas no son tantas...
para expresarte cuánto...
!Cuánto tú me haces falta!

Si al cielo subir pudiera,
y dejar esta tierra mía,
sin pensar lo haría.
Pero sé que al llegar dirías:
Anda pronto hijo a casa
tu familia te está esperando.

Algún día seguro no veremos.
No sé cuánto tiempo pase...
¡No sé cuánto tiempo pase!
Pero con plegarias a Dios le ruegas...
que no tenga que ser pronto.
Aunque nos quieras tanto,
que por tu amor ansías vernos.

Prefieres estar sola a ver sufrir de pena...
A ver sufrir de pena a quien tú amas tanto.

Puro corazón de amor.

Como de ángel su mirar...
Como perla de mar, puro corazón de amor.
Que trabajas sin cesar, día a día con amor
para ayudarme a vivir.

Puro corazón de amor...puro corazón de amor.

Pero cuando hago algo mal...
Me reprendes con amor:

Hijo no lo vuelva hacer.
¡Hijo no lo vuelva hacer!,
me repites con amor.

Por eso hoy digo Mamá:
Yo te quiero con amor.

No te pongas a llorar,
que al llorar, lloro también.

Puro corazón de amor.

Jugando a la guerra.

La calle esta desierta...
El polvo que irrita mi garganta:
no me importa,
porque yo estoy jugando
El sol que quema mi espalda:
no me importa,
porque yo estoy viviendo.
No me importa, no,
porque yo estoy ganando

Ya se alistan los soldados...

En el frente, la valiente artillería
con mis seres más queridos
y mis buenos amigos.

En la retaguardia el valerosos caballero
custodiado de sus fieles ovejeros.

Vamos valerosos caballeros:
¡A defender vuestro honor!
El plan operativo ya está listo.
La estratégica más buena.
¡Vamos a emplearla hoy!

El campo de batalla matizado de colores,
de areniscas y mil flores.
Vamos a inundarla de enemigos
y de miles de heridos.
Vamos a llenar de gloria
nuestras páginas de historia,
para que los niños luego,
lo aprendan en la escuela

El mariscal de campo,
el coronel, el brigadier
van a brindar su vida hoy.

El enemigo está listo
ya enfila sus cañones, sus fusiles y metrallass.
Ya suenan los clarines...
el silencio inunda el campo...
la guerra ha empezado ya.

La canica va volando,
uno a uno mis soldados

por el suelo van rodando,
la trinchera no los salva.
Comienza la retira, no me quedan municiones
y los fieles ovejeros no están en su lugar...

Así, la batalla a terminado.
Colocamos nuevamente a los bravos soldados
para empezar un nuevo juego.
Pero esta vez las canicas...
son de mi buen amigo Juan.

Mano amiga.

Yo sé que me he olvidado de ti.
Por causa de mi egoísmo, mi vanidad:
no tengo amistad.

No, yo sé que no merezco tu perdón
pero yo sé que tu gran corazón,
pudieron, antes, ya poder disculparme.

Como no pude darte una palabra:
¿Cómo estás...? ¿Cómo te va?
¡No sé qué me pasó...!

Pero yo sé que tú,
cuando yo ande por esos caminos...
Tú, no te olvidarás
de darme tu mano amiga.

Pajarillo Amarillo

Pajarillo del plumaje amarillo:
¿Cómo puedes cantar?
Tú que vives en un mundo de metal...
¿Cómo puedes volar?

Di en cuanto hay verdad
si al cantar puedo volar
di y también cantaré...

Cantaré...
Una canción que la maestra me enseñó.
Volaré, si en realidad con el cantar voy volar.
Descubriré, si en realidad
con el cantar puedo volar.

Tú que quieres ser feliz,
canta conmigo esta canción.
Y vuela por el mundo feliz
que yo voy tras vos.

Pajarillo verde.

Volando con el pensamiento,
aquel pajarillo prisionero de la mañana.
Y mira tras una ventana,
la luz que asoma tras el campanario.

¿O será el sol o será la luna?
¿Es una estrella o una pajarilla?

Todo, todo lo que se quiere se puede
hasta el volar hay como.

Vuela, vuela... pajarillo verde.
Vuela, vuela, para verte volar

Pregonando mi propio canto.

Muy de mañana voy pregonando
por la vereda mi canto diario.
Voy a ofrecerle al mundo entero
lo que yo tengo bajo mi brazo.
Voy a venderles noticias frescas de guerra y paz.
De sin razones politiqueras, mi soledad.

Que coincidencia por esa calle
vi caminar a mi niña amada.
Iba del brazo de su padre
que era de la alta sociedad.

Que mala suerte, puse en vergüenza a mi corazón.
Soy un gran tonto, hice rubor a mi condición.

Que mala suerte poder saber.
Y que tristeza poder sentir,
esa muralla que, sin razón, creo la sociedad.

Y que me mira, y que me ve
Pero, ¡Por Dios, y por favor, no me mire más!

Y mi guitarra preguntará:
¿Por qué este canto?
¿Por qué este vino?, Por qué...por qué...
¿Por qué este llanto?

Un hombre Solo.

El hombre se marchó por el camino largo,
queriendo encontrar una flor,
que perfumara sus sueños.

Y él nunca lo encontró...
y se dejó llevar de ilusiones ajenas.

Y el nunca disfrutó de su propia soledad,
gozó de su miseria.

Y el viento se llevó,
sus frustrados sueños.

Sus rotas ilusiones...
¿Dónde reposarán?

Y el hombre se marchó
por el camino largo.

Nunca de hablo más de él,
nunca de oyó más de él.

¿DÓNDE SE ESCONDIÓ EL AMOR?

Amor de la vida.

En triste silencio observo a un hombre de edad avanzada mirando a la multitud aglomerada frente a las tumbas del cementerio municipal. El caballero mira a la gente sin fijarse en nadie, y en su pecho palpita recuerdos de hace más de cincuenta, quizá sesenta, años. Su escaso cabello está totalmente blanco, igual que su bigote. Lleva traje negro con una corbata del mismo color. Camina, lentamente, unos pasos en dirección al gentío; luego, súbitamente, se detiene a prudente distancia y observa atento la ceremonia del último adiós de la vecina del barrio. No hace ningún gesto. Viéndole ensimismado diría que, por casualidad, se ha enterado del fallecimiento de la vieja amigad; y, dejando de lado sus tareas cotidianas, ha decidido presentarse al sepelio para despedirla. Cuando el féretro es depositado en el nicho, escucha los sollozos de los acompañantes, mas él se limita a mirar en silencio; después, con pasos vacilantes, como si no quisiera alejarse del lugar, va camino a la puerta de salida. Va solo y con la cabeza gacha. Al pasar por mi lado percibo una lágrima que rueda por su mejilla. Entonces, escucho un murmullo de varias personas que se encuentran a pocos pasos de mi lugar. «El señor, en su juventud, estuvo

perdidamente enamorado de la finada...». Dentro de mí, pienso: “Aún lo está”.

Visita de un recuerdo inesperado.

Desde mucho tiempo atrás no se le borraba de la mente un recuerdo, un hecho singular, acaecido en su ya lejana juventud. Aquella remembranza le llegó de improviso una tarde brumosa mientras leía un libro de versos; el poema iniciaba: “Si alguna vez, piensas en mí...”, y la imagen de su blusa rosa con encajes bordados en el cuello cruzó por su mente; su cuello terso, blanco y sus ojos negros hirieron las fibras íntimas de su sentimiento. Devolvió el texto al buró y se quitó sus anteojos; alzó los ojos y recorrió con la vista las cosas que adornaban su habitación. Buscó en vano algún objeto con el cual relacionar la evocación de aquel pasaje. No hubo nada que calmara su angustia. Y, desde aquel día, apenas tomaba un libro acudía a su mente lo que ocurrió esa tarde aciaga. La lluvia desatada la noche anterior había dejado el camino inundado de charcos; y el pasto, húmedo, parecía reverdecer de un momento a otro como si fuera un acto de magia. El sol comenzaba a ocultarse detrás de las colinas haciendo que el cielo pintase franjas de color rojo y amarillo. Entonces, él llegó, apresurado, luego de sus clases en la universidad, hasta la esquina de la casa de su amiga y la vio esperándola; fue como si previamente hubiesen quedado en verse a esa hora. Siempre había querido encontrarla en la puerta de la vi-

vienda sin que él tuviera que llamarla con el silbido acostumbrado. Le causaba bochorno que los vecinos supieran sus sentimientos; claro, tampoco a ella se lo había confesado. Y esta vez, su sueño se cumplió. Pero esa ilusión enseguida se convirtió en pesadilla. Fue la última tarde que la vio. Los padres de ella habían decidido viajar al extranjero para empezar una nueva vida. Y, ella, debía partir con la familia. Hoy busca en los recuerdos la sinrazón del por qué no la escribió y del por qué no la buscó... Otra vez toma el libro y vuelve a releer el viejo poema: “Si alguna vez, piensas en mí... Recuerda que nunca te dejaré de querer...”

Desquite.

Se había quedado suspendido en el juego de canicas, ocurrido en la tarde de ayer, que no se percató que su compañera de aula estaba llamándole. Se sobresaltó cuando vio los ojos verdes y la cabellera rubia frente a su rostro. Todos sus amigos comentaban que era la chica más bonita del grado, e incluso, afirmaban, de toda la escuela. Y ahí estaba ella, en persona, exclamando su nombre. El golpe seco de la canica contra la suya aún resonaba en su oído; sabía que el porrazo le anunciaba la pérdida de los últimos ejemplares de estampitas de temporada que le quedaban. Nunca la había tenido tan de cerca; pero desde su pupitre, en el lado opuesto al suyo, la veía todas las mañanas, y observaba como su pelo de oro resplandecía con el sol; y cada vez que giraba su cabeza para conver-

sar con la compañera del puesto de atrás admiraba su perfecto perfil. Y soñaba con el día en que el destino le regalara la oportunidad para charlar con ella. Nunca se le presentó la ocasión y, menos aún que la muchacha se fijara en él: un sueño imposible, que ni en mil años se le iba a cumplir. Entregó los cagüitos a su amigo, tomó su canica ganadora —que hoy le había jugado una mala pasada— y se la guardó en su bolsa; se despidió, pensando en la revancha y en el momento de recuperar sus apreciadas viñetas. Y le soltó a quemarropa que nunca, ella, le tomaría en cuenta; que desde hace algún tiempo se había dado cuenta que la estaba espiando, que su mejor amiga le había contado que estaba enamorado de ella, que todo era inútil y que perdiera las esperanzas, pues, si no, le contaría a sus padres. Se turbó sin saber qué actitud asumir. Mientras se alejaba alcanzó a decir: “En el desquite lograré recobrar mis estampitas preferidas y te las regalaré todas...”. No cumplió su promesa; sin embargo, aún guarda en su cofre de niño las que logró ganar para ella.

Golpe de izquierda.

La ventaja de utilizar la mano izquierda en nuestras actividades cotidianas puede llegar a sorprendernos. Todos los equipos y herramientas están pensados para que sean utilizadas por las personas diestras. Por lo que, los zurdos, tenemos que aplicarnos y realizar varias maniobras para emplearlas adecuadamente. Es curioso cuando un

diestro mira a alguien utilizar la mano izquierda ejecutando alguna diligencia, se sorprende por lo movimientos extraños y, considera, que no lo hará apropiadamente. Pero bueno. Ocurrió hace bastante tiempo cuando recién iniciaba con los estudios de la secundaria; creo que ya estábamos en el segundo curso porque el muchacho era muy conocido en el colegio. Su piel era blanca como hueso, su cabello colorado parecía como si lo hubieran pintado con achiote, el uniforme lo llevaba impecablemente limpio y mostraba una finas maneras de comportarse con las compañeras, por lo que, ellas buscaban anhelosas un agradable momento en su compañía. Y, claro, eso causaba celos en todos los varones de la clase. Mi aspecto físico no atraía a ninguna de mis compañeras, sin embargo, había una chiquilla que me traía de cabeza. Y justamente aquella chica era la que más ansiaba reunirse con el joven apuesto. Estaba condenado a renunciar a mis ilusiones, y ver como el caballero se alejaba, montado en su corcel blanco, llevándose consigo a la dama de mis sueños. El patio, ese día, se encontraba resbaloso por la lluvia del amanecer. Y los muchachos, en el recreo, jugaban deslizándose en la calzada. Me uní al jolgorio y, para mi mala suerte, choqué bruscamente con el citado muchacho. De nada me valieron las disculpas, así que, se paró enfrente de mí retándome a los golpes. Me negué en un principio, pero, mi ego me dijo que no debía comportarme como un cobarde. Así que puse mis puños en alto y, él, hizo otro tanto, protegiéndose el lado izquierdo de su rostro,

donde creyó vendría el primer golpe de mi brazo derecho. Entonces lancé mi mejor gancho de izquierda por el flanco desguarnecido. Trastabillo y cayó al piso; luego de un corto momento se recuperó del golpe y salió despavorido del lugar. El combate se regó como pólvora entre las compañeras. Luego después, en la clase que siguió al descanso, muchas de ellas me observaron contrariadas. Cuando giré mi vista a los ojos de la muchacha de mi anhelo y agrado, presentí que nunca llegaría a tener nada con ella.

Después del taller.

Una vez que hubo terminado con los encargos que su padre le había dispuesto, salió del taller para fumarse el pitillo sobrante del que ya había iniciado antes de ingresar a la mecánica. Siempre lo hacía a una misma hora, calculando que era el momento en que la vecina cruzaba la calle para cumplir con el mandado de su madre. Muchas veces coincidían, y él se la quedaba mirando sin atreverse a abordarla, y se contentaba con saludarle con una sonrisa; ella, con una ojeada coqueta, respondía a la cortesía. Se quedaba en la esquina hasta que ella retornaba del cometido para nuevamente volverla a saludar. Desde que ella llegó al barrio, hace ya algunos meses, su rostro y su forma de caminar le cautivaron, sin embargo, nunca intentó allegarse para acompañarla hasta la casa. Aunque bullía en su interior unas ansias perturbadoras para concretar, al principio, una

buena amistad, y luego, se decía: el destino lo dirá... En las noches, antes de conciliar el sueño, pensaba en las mil maneras que emplearía, en otra ocasión, para acercársele; y repasaba mentalmente las innúmeras gentilezas que le diría para convertir su quimera en realidad. No obstante, a la tarde siguiente la cobardía, el temor y la vergüenza se apoderaban nuevamente de su conducta, y se quedaba quieto en su puesto, sin que lograra ni siquiera moverse. Sus piernas le retemblaban, el cuerpo se le ponía rígido, la mente se le ofuscaba, la lengua se le reseca y en su frente perlaba un sudor frío. Entonces, aspiraba con avidez el pucho y se lo consumía con dos caladas. Cuando volvía al taller se recriminaba por sentir tanto miedo, pero, al mismo tiempo, se contentaba siquiera por haberla visto y saludado, nuevamente. En la noche volvía a concebir un nuevo plan, y cuando volvía a verla, otra vez, se quedaba paralizado. Este extraño proceder continuó durante algún tiempo más. Y persistió hasta el día en que salió del taller a la hora acostumbrada y, sorprendido, observó al galán del barrio con el brazo alrededor de los hombros de la muchacha. Cuando pasaron por su lado, él bajó la mirada; y ella la miró con el rabillo del ojo y, sin que se percatara su enamorado, le sonrió. Desde esa tarde, abandonó la idea de salir de la mecánica a la misma hora.

La chica de la oficina.

El festejo por el aniversario de inicio de labores de la empresa, en la cual trabajaba desde hace unos veinte años, se prolongó hasta la madrugada. Salió a la calle medio achispada para tomar un taxi que la llevara hasta su departamento. Cuando se encontró en la acera, notó acercarse, desde la oscuridad, la figura de un hombre dando tumbos. Metió su mano derecha en la cartera y palpó, aliviada, el envase de gas pimienta; se preparó para utilizarlo en caso de ser necesario. El hombre se aproximó saliendo del cono de sombras, y la mujer vio que se trataba de un compañero de labores. Se tranquilizó. Sin embargo, aquel hombre, ya maduro, no era solamente un colaborador más de la compañía. No. Él laboraba en la oficina contigua y, desde hace algún tiempo atrás, había notado que la saludaba con bastante cortesía y amabilidad. Empero, nunca se había atrevido a invitarla a tomar un café y, menos, ni se diga, a salir a comer fuera. Ella sabía muy poco de él; en cambio, él, conocía todo lo que a ella le había ocurrido en su vida pasada: su marido había fallecido hace un par de años, y tenía dos hijos que estudiaban en la universidad; había estudiado en un colegio privado, un establecimiento prestigioso de la ciudad y, en su juventud, nunca allegó al grupo popular del barrio, pues, pertenecía a un nivel social diferente. Ya, en ese entonces, él la conocía y buscaba ansioso las ocasiones para verla pasar, elegantemente vestida, a la universidad. Ella, en cambio, nunca supo de su existencia. Él nunca se casó. La

primera vez que la vio ingresar a la empresa, no podía creer en lo que estaba observando. Y renació en su ser los mismos sentimientos de su juventud, los cuales, habían permanecido dormidos durante tanto tiempo. Pero se enteró que se había casado y disfrutaba una vida familiar placentera junto a dos niños pequeños. Cada vez que pasaba por la oficina de su nueva compañera la miraba de reojo, pero jamás osó acercarse. Además, se decía, debía respetar su condición de casada. Sin embargo, cuando supo del fallecimiento inesperado del marido, espero un tiempo y empezó a cortejarla sutilmente. Esta vez no quería perderla. Y, esa noche, creyó encontrar la ocasión; la esperó a la salida de la fiesta para abordarla. No quiso pasarse de tragos, pero el nerviosismo y la ansiedad colaboraron para encontrarse en ese estado. Apenas, él, balbució unas palabras de saludo, y, ella, consideró que mejor sería que se vaya directo a la casa para que descansase. Cuando se estacionó un taxi, le cedió el turno. Ella se quedó en la oscuridad a esperar otro vehículo, y él, se marchó mascullando incoherencias. A la mañana siguiente, al pasar por la puerta de la oficina, la volvió a mirar de reojo.

Nadie fue elegido.

Parapetado detrás de la pared de la casa esquinera me encuentro con mis amigos: Pepe y Rolando, esperando que Santiago regrese del afán acordado en la tarde de ese mismo día. La noche nos cubría

con sus sombras; y la oscuridad ocultaba los movimientos nerviosos de mi cuerpo. De rato en rato me asomaba para percibir qué estaba ocurriendo en la puerta de la vivienda ubicada a tan sólo algunos metros más allá. Mis amigos no estaban enterados de cuál era la trama que habíamos urdido entre Santiago y yo. En ese pacto de hermanos de barrio lo convenimos así: nadie se enteraría de lo establecido, y los resultados serían evidentes sólo luego de haber cumplido enteramente con el plan. Mediante una moneda lanzada al aire me correspondió ir primero hasta la vivienda y hacer lo que me concernía. Nos bastaba uno o dos chiflido para que la chica de nuestro anhelo se asomara al portón; salía alborozada y nos recibía con emoción y alegría como si de nuestra presencia dependiera su felicidad; y bajo la luz del único candelero de la calle charlábamos y reíamos hasta que escuchábamos los gritos de su madre ordenándole ingresar. Y, ambos, nos enamoramos de aquella muchacha. Sin embargo, no podíamos dividirla para que cada uno nos llevásemos una parte suya. Cada quién quería tenerla completa. Y acordamos que esa noche nos declararíamos por separado y que la decisión que ella tomara: de quedarse con uno de los dos, sería respetada con honor y gallardía, por el otro. Y acudí primero. Armado de valor, y el entusiasmo de un rematado enamorado, me enfrenté al reto. Haciendo gala de un sinfín de elogios y ofertas celestiales le ofrecí un cariño eterno y que, por siempre, sería la mejor de mis amigas. Rematé mi perorata manifestándole que no encon-

traría a otro galán que la quiera más. Me dijo que no. Bajé mi cabeza y, acongojado, me retiré. Apenas llegué a la esquina fue Santiago a probar su suerte. Cuando regresó, con sólo mirarle a los ojos supe lo que había sucedido. Tiempo de después, cuando nos volvimos a encontrar, ella me confesó que no aceptó la declaración de ninguno, pues, nunca quiso perdernos a los dos. Ambos la perdimos.

Parada de bus.

Se encarama apresuradamente en el primer autobús que cruza por la estación. Aquella mañana, de un día de asueto del trabajo, ha decidido viajar hacia donde el colectivo le lleve sin preocuparse del recorrido previsto de la línea. Por suerte encuentra un puesto vacío, y, cuando se acomoda en el asiento, mira por la ventanilla a los pasajeros que han quedado varados en la parada. Se sorprende al ver que entre ellos se encuentra una persona conocida y muy querida, una vecina que no había visto desde hace muchos años atrás, desde que él había salido del barrio para proseguir con su profesión en otra ciudad. Siente deseos de bajar e ir a su encuentro, sin embargo, el bus arranca y la figura de la amiga se pierde entre la gente que sube en otro bus. Luego de casi una hora de viaje, el ómnibus se detiene en un centro poblado. Al descender sus pies están entumecidos, y resuelve vagar por el parque y circular por los

alrededores de la parroquia rural; cuando considera que ha caminado lo suficiente, decide ingresar a la iglesia del lugar para conocer su interior y descansar un rato. El ruido de sus pasos provocan ecos en todo el recinto y trata de acortar su caminar para que su visita pase desapercibida. En el instante de bajar la mirada y observar el mármol brillante del piso nota que una persona, oculta detrás del pilar del frente, lo espía. Imaginaciones, se dice. Con pisadas humildes se adentra con dirección al altar mayor, pero siente en su espalda que alguien lo observa. Sigue andando y cuando está frente al tabernáculo se arrodilla, se santigua, agacha la cabeza y reza una oración. El peso de la mirada no deja de inquietarle. Cuando termina sus ritos se levanta y va hasta la puerta de salida. Cuando está a punto de salir a la calle una mujer se le acerca con la mano extendida. ¡No podía creer en lo que estaba viendo! Era ella. ¿Acaso no la vio, hace poco, subiendo en otro bus? Él también extiende su mano para saludarla, y cuando lo hace la figura femenina desaparece. Se sobresalta y no entiende qué está pasando. De pronto, una lagrimilla resbala por su mejilla. Sale del templo cabizbajo y se encamina a la parada de autobuses para tomar el primer colectivo que lo devuelva a la ciudad. Cuando se acomoda en el asiento, observa, a través de la ventana, a la joven que atraviesa el parque. Mueve violentamente la cabeza, y se dice: nunca la podré olvidar.

Estudio.

Recogió el cuaderno de anotaciones de la clase de ciencias y salió hacia el parque para repasar lo apuntado durante todo el semestre y, así, alistarse para rendir las pruebas de fin de ciclo. Había terminado de lloviznar y el ambiente era diáfano y se percibía un agradable aroma en el aire; en el pasto se distinguía diminutas gotas de agua resbalando por sus hojas. Caminó por la acera disfrutando de la frescura del paisaje; luego de un buen rato de ir de un lado a otro se detuvo a descansar, a la sombra, al pie de un árbol de eucaliptos. Se arrellanó en una piedra y abrió la cuartilla para iniciar con el estudio. En ese momento, una suave briza invadió el entorno y le refrescó el rostro. Dejó el cuaderno en su regazo, se arregló el cabello en una coleta y cerró los ojos para embriagarse de las exquisitas fragancias que repentinamente inundaron el lugar. Dentro de la amalgama de olores sobresalía uno muy especial: el perfume de la retama. Ese aroma habíase impregnado en su memoria desde la vez que salió a recorrer el campo con su grupo de amigas de la escuela y recibió la cruel noticia. Y ahí estaba otra vez ese perfume, y la imagen de su padre volvió a su mente. Varias gotas de agua mojaron las hojas del cuaderno, alzó la vista y notó como los brillantes rayos del sol atravesaban por entre las ramas del árbol e iluminaban su rostro. Quiso volver los ojos hacia los escritos pero fue en vano; cada vez que lo hacía veía como los escritos

se cubrían de grises nubarrones. Se levantó, alisó su falda y colocó el cuaderno dentro de su bolso. Antes de partir a su casa elevó, nuevamente, su vista por sobre las losas de hormigón procurando recoger en su cuerpo los delicados y cálidos rayos que traspasaban la enramada. Era un calorcillo que le llegaba desde el infinito y apaciguaban el sufrimiento de su alma. Sacó de su cartera un pequeño ramillete de retamas y lo depositó delante del mármol, en cuya superficie estaba tallado el nombre de su padre. Luego, se marchó en silencio. Mientras caminaba sintió una tierna carga que le cubrían los hombros.

Biblioteca.

El tema de investigación lo mantenía absorto que no se había dado cuenta del paso de las horas. Al ingresar a la biblioteca universitaria, a pesar de lo temprano de la mañana, estuvo atestada de estudiantes; girando la vista a su alrededor logró divisar una silla vacía al fondo del salón. Fue hasta el sitio y logró sentarse en el único puesto disponible. Saludó con los que serían sus acompañantes durante esa mañana, y se acomodó en el escritorio con una pila de libros que había conseguido con la encargada del recinto. Entre los presentes de la mesa se encontraba una chica ensimismada en la lectura de un libro grueso, que no le prestó la mínima atención; él la vio con el rabillo del ojo y pro-

siguió con sus labores. Cuando creyó haber terminado su trabajo alzó la vista y notó que muchos de los visitantes habían desaparecido: varias mesas estaban desocupadas. Sin embargo, la chica continuaba abstraída con el estudio. No quiso molestarla y empezó a recoger sus textos para devolver los prestados, e irse a casa. Cuando estuvo a punto de marcharse, escuchó su nombre. Volteó la vista hacia el sitio dónde consideró que provenía la voz. Empero, detrás de la chica no había ningún estudiante, y la mesa contigua estaba desocupada. Observó con atención a la joven, completamente seguro que sería ella la que le llamó. Pero, ella, no levantó su vista del libro, continuaba con sus estudios sin que nada le perturbara. Estoy alucinando, se dijo. Recogió los textos y se encaminó a la ventanilla en la cual debía depositar los libros pedidos. A medio camino escuchó nuevamente su nombre. La voz provenía del sitio donde hacía poco estuvo estudiando. Se detuvo y, de antes girar su cuerpo, razonó que la única posibilidad de dónde podía provenir la voz era del lugar en donde ella se encontraba; que no podía ser otra persona ya que era la única que ocupaba la mesa. Definitivamente fue ella, pensó. Enseguida reflexionó: ¿cómo supo mi nombre? Pero bueno. La historia es demasiado extensa si les relatara, desde este principio, toda la relación tormentosa con aquella muchacha. Lo cierto es que, nuevamente escuchó su nombre, y, ésta vez, se despertó en su cama. Giró su cabeza y

la chica estaba ahí, acostada junto a él, con el pelo blanco y la misma sonrisa que lo enamoró.

SIN CUENTO PARA LA NAVIDAD.

Uno.

No había acabado de contarle la historia inventada que ya se había quedado dormida. La miré, y pude percibir la serenidad, la placidez y el sosiego que presentaba su rostro. Caminaba sobre el pasto, recién reverdecido por las lluvias acaecidas en días anteriores, sin embargo sus pies no rozaban el suelo, parecía que volaba; levantaba sus manos queriendo alcanzar las aves que cruzaban por el cielo, su pelo se agitaba con la brisa fresca y susurraba palabras que sólo los duendes de ese mundo podían escucharle. Tuve curiosidad y quise acercarme para indagar qué hablaba con esos hombres pequeños que aparecieron, repentinamente, de la nada; y, cuando estuve a punto de hacerlo, me arrepentí, era mejor no inmiscuirme en sus deseos. De pronto, se volteó y me dijo: papi, es mejor que salgas de la escena; ésta me pertenece y la quiero vivir sola, y con intensidad. Cumplí su deseo y me alejé un poco apenado. Ella se fue lejos con aquellos mágicos hombrecitos, y se perdió tras el bosque. Me levanté calladamente, sentí temor que mis movimientos pudieran despertarla. Pero, no. Ni siquiera se movió de su puesto. Apagué la luz de la habitación, cerré la puerta y me alejé. Caminé lentamente a mi dormitorio y me asomé a la ventana. Las luces multicolores, recientemente

encendidas en la ciudad, me decían que había llegado la nochebuena. Alcé la vista y en el negro cielo divisé una sola estrella. Pedí un deseo. Tantos años habían pasado desde que ella, mi niña, había salido de casa. Al despedirme me abrazó y prometió visitarme en la Navidad. Se iba al extranjero a culminar sus estudios especializados en la universidad. Regreso a la recámara de mi hija: enciendo la lamparita de su buró y ella continúa durmiendo. Su rostro conserva la misma confianza y quietud de aquellos años. Sonrío y despacito cierro la puerta. La dejo que siga en sus sueños.

Dos.

Sus amiguitos del vecindario le habían contado que en la reciente Navidad pasada sus mamitas les habían sugerido que en la nochebuena dejaran sus zapatitos en la ventana porque a la mañana siguiente encontrarían un lindo juguete, mucho mejor de esos que se muestran en los escaparates de la plaza Santo Domingo, al lado del calzado; y que, si tenía suerte, encontraría una funda llenita de galletas y caramelos. Claro, le explicaron, todo dependía si se había portado bien en el año: si había lavado los platos, tendido la cama, barrido los cuartos, y sobre todo, si había cumplido con todas las tareas de la escuela. Habían transcurrido varios días desde esa fecha y nadie le había dicho que tenía que dejar sus zapatos en la ventana.

«Seguro, ¿cómo iba a tener juguetes si no había dejado sus zapatos en la ventana?», pensó. Enseguida se puso a rememorar las veces que había rezongado cuando su mamita le había ordenado que dejara lavando su plato, las veces que había peleado con su hermano por el último pedazo de pan que sobraba en la mesa, las veces que había hecho trampa con el juego de la canicas, las veces que no había hecho la cama y se había marchado a toda prisa a jugar la pelota en la calle, las veces que copió los resultados de la sumas antes de ingresar al aula, las veces que se compró melcochas con el fiambre desobedeciendo el mandato de papá que usara bien el dinero en comprarse un plátano y una galleta, las veces que caminó en la lluvia, saltando los charcos a pesar de las advertencias de su madre... «De seguro, ni así hubiera dejado los zapatos, tampoco hubiera recibido nada...», caviló. Alzó sus hombros y se fue para la casa. Mientras caminaba observó sus zapatos. No eran de cuero y suela. Eran de caucho, y la caña le llegaba casi hasta la rodilla. Estaban sucios y empezaban a romperse por todas partes; las plantas se encontraban tan desgastadas que ya sentía los guijarros del camino en sus pies. «Con este calzado, de seguro, tampoco me hubiera dejado el obsequio», se dijo. Antes de ingresar a su hogar, se prometió comportarse ejemplarmente en el año que empezaba. Y observando la indigencia del in-

terior de su morada, pensó: Y, ¿quién me traerá los regalos?

Tres

Una cita importante hace que acelere mis pasos hacia mi destino. Son las diez de la noche, y el festejo, seguramente, ya debe haber empezado. Paso atropelladamente por entre la multitud que camina agitada por las aceras buscando los últimos regalos de Nochebuena. Quisiera correr, tal vez volar, pero la muchedumbre impide que halle un resquicio por el cual colarme. Cruzo las calles sin fijarme en el color de la luz de los semáforos. Más de un vehículo hace sonar sus bocinas advirtiéndome la imprudencia. No les hago ningún caso y prosigo con mí caminar acelerado. De rato en rato me palpo el bolsillo interno de la chaqueta para cerciorarme que el regalo, para el intercambio de sorpresas, sigue en su sitio. Mentalmente hago cuenta de la distancia que me separa del lugar de eventos y presumo que, al girar la esquina, sólo tendré que caminar doscientos metros para llegar a la estancia de la fiesta, así que, pienso aliviado: no tardaré más de cinco a diez minutos para llegar al encuentro. Cuando volteo la cuadra observo que la acera, incluida la calzada, se encuentra atestada de compradores. Me parecen millones. Me paro en seco. Analizo una serie de posibilidades para alcanzar mi propósito en el menor tiempo posible.

En el momento que tomo la decisión de rodear el manzano miro a un muchacho, de no más de nueve años, que mira absorto una vidriera. No sé desde qué hora está parado frente al escaparate, ni quiénes son sus padres que lo han dejado abandonado. Al fijarme en su vestimenta noto que se trata de un amiguito del barrio. ¿Qué hace a estas horas fuera de casa? La disyuntiva, entre irme dejándole solo —sin que advierta mi presencia—, o quedarme para ayudarlo, me revolotea el cerebro. No es que sea demasiado solidario, pero, me detengo, respiro profundamente y me acerco al sitio. No le saludo, me limito a dirigir la vista a la ventana del comercio. Entonces me doy cuenta del porqué tanto interés en observar boquiabierto la vitrina. Y, ¡ahí están! Son dos magníficos carritos multicolores. En el reflejo de la ventana presto atención que la figura del niño ha desaparecido. Estoy solo. Bajo la vista y noto que el traje que vestía el chico es idéntico al que se refleja en la vidriera.

Cuatro

Había soñado, en la noche anterior, que la muchedumbre lo ovacionaba, que la prensa elogiaba sus creaciones y que las autoridades le ceñían la frente con laureles de la gloria; por eso, apenas escuchó, por los altavoces del colegio, la convocatoria para el primer concurso de poemas navideños abandonó el juego con sus compañeros y se

acercó a la secretaría del rectorado para inscribirse en la competencia literaria. Desde tiempo atrás, había estado esperando esta oportunidad para demostrar a sus compañeros, pero más ante sí mismo, su talento en componer versos, estrofas y rimas. Esa misma tarde, en casa, antes de realizar su tarea escolar, revisó la vieja carpeta de hojas sueltas, repleta de escritos y pensamientos varios. Y no encontró ninguno que se ajustara a las bases de la invitación. Entonces, arrancó una hoja cuadriculada del cuaderno de matemáticas, y se dispuso a escribir la primera línea. La oda al aniversario del nacimiento del niño, pensó, tenía que ser excelsa, para deslumbrar a los maestros, a los alumnos de todo el establecimiento y, sobre todo, al jurado calificador. Su mente divagó por varios escenarios para la creación del nuevo poema, sin embargo, ninguno logró extirpar ni una sola palabra de su cabeza. La tarde oscurecía, llegaba la medianoche y no había escrito nada. La hoja seguía en blanco; al mirar a su alrededor cayó en cuenta que aún no había cumplido con los deberes escolares; dejó la hoja abandonada en un rincón y emprendió con la resolución de los problemas de álgebra. Así transcurrió dos semanas, en tanto ya estaba en la última noche, a la víspera de la fecha de presentar las poesías, y él no había anotado ni una sola sílaba. Luego de clases, rebuscando afanosamente inspiración en el aire y en el ambiente festivo de la celebración, había paseado por la ciu-

dad, pero se distrajo en las luces multicolores que engalanaban los balcones y las ventanas de la viviendas, olvidando su loable propósito. Regresó al hogar con ansiedad, pero nada se le ocurrió para principiar su poesía. Sabía que, si lograba iniciar con alguna idea no existiría fuerza sobrehumana que pudiera detener a su musa inspiradora. Pero, naranjas. Se consoló revisando nuevamente sus escritos esperanzado en encontrar algo que medianamente supliera su anhelo. Y, ¡ahí estaba!. Al releerlo consideró que no era honesto consigo mismo si presentaba un antiguo y viejo poema. Lo volvió a reescribir, una y otra vez, hasta que logró la excelencia. Cuando le llegó su turno, pasó al estrado y leyó sus versos ante la bullanguera concurrencia estudiantil. Estaba cumpliendo con su más caro sueño, empero, al terminar su declamación no escuchó el sonoro aplauso esperado.

Cinco

Apresuradamente salí de la casa y me dirigí hacia el centro de la ciudad. Miré mi reloj de pulsera, marcaba las once con dieciocho minutos, y aceleré mis pasos temiendo que la procesión estaría por culminar. Al llegar al sitio de concentración, respiré aliviado observando que en la calle Simón Bolívar aún se conservaba la multitud; la gente caminaba lentamente por la calzada adoquinada: cientos de niños deambulaban disfrazados con los tra-

jes típicos de los pastores del mediterráneo; otros, iban engalanados con las vestimentas de nuestra serranía: polleras de colores chillones bordadas con figuras policromáticas en sus faldas; un poco más allá, se confundían varios papás noeles con las yeguas atiborradas de frutas y caramelos; parejas de esposos con los bebés en sus brazos simulando a la pareja que había huido luego del censo romano; mulas llevando en sus lomos a hermosas niñas trajeadas con vestimentas exóticas; carros alegóricos con escenas conmemorativas del natalicio: el arribo inesperado de los magos de oriente, la visita angelical de seres celestiales cantando villancicos, la cruel matanza de los inocentes por mandato del gobierno imperial, la posada pobre resguardando a la sagrada familia de las inclemencias del tiempo y de la contaminación ambiental. Toda una amalgama de culturas foráneas y nativas, confundiéndose y mimetizándose las tradiciones paganas con las religiosas en un solo propósito: acompañar el advenimiento del niño a la tierra. Sin embargo, todo esto era solamente el preámbulo de lo que vendría. Y para eso había venido a la pasada del niño: a postrarme ante la imagen del divino crío, para adorarlo y darle gracias por la vida, para rogarle que sane la enfermedad gravísima de la abuela, a suplicarle que auxilie a mi hermano para que no se pierdan en la frontera, que no lo descubra la migra y que no lo deporten... Esperaba ansioso a que llegará y pasase

por mi lado. El sol canicular me calcinaba la piel, pero debía ser paciente. Valdría la pena este pequeño padecimiento a cambio del beneficio que me traería. Cuando la muchedumbre se aglomeró alrededor del prioste, supe que pronto pasaría por mi lado. Me embargaba una emoción muy grande, casi no podía sostenerme de pie. Quise arrodillarme, alzar los brazos y alabar su nombre. Pero lo que vi enseguida me sorprendió. Entre en pánico, el pavor y terror me heló la sangre. Quise huir del lugar destrozando todo lo que se encontraba a mi paso. El sacerdote acomodado en una poltrona lujosa llevaba sentado en sus piernas al niño. El inocente infante miraba fijamente al vacío, no decía nada. Una mano se cernía debajo de su traje.

EPILOGOS.

Efímera vida.

Donde hubo fuego...cenizas quedan. Si no hubo pasión, nuestro ser intacto subsiste. Persiste intacto aunque hubiese preferido extinguirse en el ardor del volcán del afecto.

Y miro. La gente que viene y va manchada su frente con una cruz de ceniza, negra como una noche sin luna, oscura como un pozo profundo, mostrándome que ha cumplido con su designio y que consumará los mandatos divinos legados desde la infinitud de los tiempos. Su mente no alcanzará a interpretar su destino más su ser alcanzará la perpetuidad de la naturaleza y de la vida.

Lo que fuimos y somos no será jamás, empero, continuará la vida aunque ya no seremos los mismos. Un misterio, una incógnita, una pregunta sin respuesta, una respuesta sin haber preguntado. Sucesos temporales convertidos en tiempos infinitos. ¿En qué momento empecé a ser lo que soy? Hoy soy, lo sé. ¿Lo sé de verdad? Mañana, ¿quién sabe? Espacios vividos, momentos disfrutados, recuerdos difusos. Y un día nos llega el fin. Y ya no somos. ¿Por siempre?

Generaciones pasan. Multitudes viven, el fuego les consume, perecen, queda la vida. La vida eterna de quienes mueren, de quienes ya no son. Borbotones de existencia afloran en la tierra inerte

alocando las mentes estériles con pensamientos reales. Y también, se produce la vida en los vientres fértiles estallando como el germinar de las flores. Y asoma la vida en los lugares inhóspitos, sin explicación, sin causa que revele su permanencia en aquellos ambientes carentes de savia. Presente, eterna. Sin muerte que la derrote, sin olvido que la destruya. La Vida.

Vigente en los montes, presente en los mares, reinando en los desiertos. Saltando en el aire, volando en la atmósfera, rondando en las estrellas, girando por los astros, alcanzando los confines del universo retornando rejuvenecido para seguir actuando hasta el infinito. Aparece, desaparece. Y nadie sabe su origen. Nadie sabe su final. Nadie conoce su esencia. Ni el porqué de su existencia, ni el para qué de su presencia. Se preguntan muchos, me pregunto, sin entender su existencia.

Me desvivo en preguntarle, más esquivo se aleja. Es exigua nuestra existencia para comprender su presencia eterna. Mientras la tengo entre mis manos, la acaricio y la hago mía; más pronto pasa como si fuese un viento que remueve mis cabellos, luego se aleja y no logro comprender su leve compañía, insubstancial, efímera; en su camino me roza el rostro, siento su suavidad y su fragancia; me embriago y borracho me doblego a sus pies para rendirme a sus caprichos; me dejo llevar hacia dónde ella me quiere que vaya. La domino cuando está conmigo, pero cuando se va de

mi lado, soy su esclavo y me someto a su poder y a sus encantos.

Nunca ha sido mía. Es mera ilusión haberla poseído. Es su encanto mágico que me fascina, es su sabor acaramelado que me empalaga y me encandila. Y miro a su alrededor miles de colores que nunca ha poseído y siento en mi cuerpo su piel suave de niño que jamás ha sido. Nunca niño, siempre joven. Eterna.

Ay si pudiera encarcelarte a mi cuerpo y atarla a mi mente y amarrarla a mi corazón. No te soltaría. Pero las fuerzas de mi carne se debilitan, y no puedo sostenerte, y huyes a posarte en mis células, en mis partículas esenciales, en lo que fui y ya yo será nunca igual.

Año Nuevo no tan nuevo.

Eran las seis de la mañana cuando despertó, empero aún le daba vueltas la cabeza. Sin tomar el desayuno que le había preparado su madre salió a la calle para reestablecer su cuerpo adolorido y oxigenar su mente abotagada. Al pasar por el pasillo la vio sollozar. “Debe haber peleado, otra vez, con papá”, se dijo. Lo último que recuerda de la noche anterior fue que estuvo bebiendo con los amigos de la barriada hasta que el sol empezó a asomarse tras las ventanas del departamento del único soltero del vecindario. Todo lo que había sucedido después no recordada ni un solo detalle.

Tenía una enorme laguna mental en cuyas ne-gruzcas aguas se ahogaban los hechos ocurridos. Recuerda que luego de la quema de los monigotes, ya medio achispados, habían ido a comprar dos botellas más de aguardiente en la tienda del vecino Luchito. El tendero no puso objeción en venderles, a pesar de la avanzada borrachera en la cual se encontraban, pero cuando ya se iban con las dos botellas escondidas dentro de las casacas, les aconsejó que si continuaban bebiendo no salieran de la casa, pues, había visto rondando cerca al zucho Bermejo; que disfrutaran de la fiesta, pero debían tener cuidado, ya que el malandrín, hace poco, había asaltado y robado a una pareja que cruzaba por la zona. Le dieron las gracias y partieron hasta la habitación a seguir con la juerga. En eso escucharon sonar el teléfono, nadie quiso atender la llamada. Sin embargo, el dueño del apartamento, se acercó tambaleándose y levantó el auricular. Era la madre del muchacho que le ordenaba regresar inmediatamente a casa, que su padre había regresado de su turno de trabajo y al no encontrarlo en su cuarto se había molestado. Él se había venido desde la parroquia de Baños y, a esas horas, le era imposible regresar tomando un taxi; todo el mundo ya estaba durmiendo y las calles estaban desiertas. Le manifestó que apenas llegara la mañana se dirigiría a la casa, que su amigo le llevaría en su automóvil. Cuando ya empezaba a clarear el día, totalmente ebrios, partie-

ron rumbo a la vivienda. El desayuno se enfriaba y, los sollozos de su madre despertaron al padre al escuchar en el noticiero el fatal accidente en la vía cerca del domicilio.

Cuenca, enero del 2020.

